

CARAQUEÑIDADES



Luis Martín

CARAQUEÑIDADES

© Luis Martín

Carmen Meléndez

Alcaldesa de Caracas

Jeycelith Jiménez

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Francis Zambrano Espinoza

Coordinación General

Niedlinger Briceño Perdomo

Coordinadora de Edición

Freddy La Rosa

Diseño y Diagramación

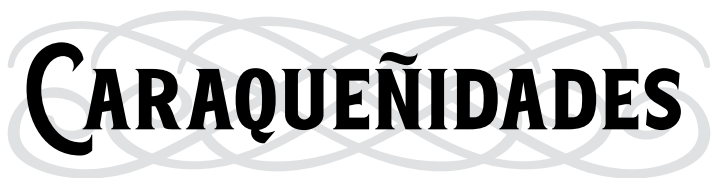
Gustavo A. Campos Pérez

Corrección

ISBN: 978-980-7719-09-4

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento digital o informático, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

Luis Martín



CARAQUEÑIDADES

Caracas, Venezuela
Noviembre 2022

AGRADECIMIENTO

Gracias a la vida, a Dios, a la Virgen del Valle y su amiga Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, a mi familia, amigos y maestros del periodismo que afortunadamente nos hemos conseguido en el camino. Y gracias a los compañeros de *Ciudad CCS*, a Mecha, por la oportunidad.

Dedico *Caraqueñidades* a la memoria:

De cuatro virtuosos de la memoria que se fueron desmemoriados: mi padre Luis Rafael y, mis tíos Juancho Utrera, “El Che” Edecio y William Ascanio...

De mi mentora, mi amada Trinita, mi mamá, cuya memoria, con sus ocho décadas a cuestas, se mantiene activa –no sé si intacta, casi–. Confieso que todos o la gran mayoría de estos textos, más los que por razones de espacio quedaron en archivo, nacieron de sus recuerdos ... luego de sus propuestas como “jefa de pauta” vino la investigación y nacieron estas crónicas.

De mi familia, hermanos y amigos –son unos cuantos– porque fueron y son inspiración para seguir creciendo ... siempre en positivo.

De mi crianza, en La Fundación, en Catia; en San Juan de los Cayos, Falcón y, en mi amado centro de formación San José de Calasanz, con mis profesores y compañeros, hoy hermanos de la vida.

Por el rescate, justamente, de la memoria de esa Caracas añorada, con sus tradiciones, personajes, costumbres y ejemplos, hoy casi en peligro de extinción.

BIOGRAFÍA



Luis Carlos Martín Ascanio nació en Calabozo, estado Guárico, el 4 de noviembre de 1965. Periodista egresado de la UCV en 1992. La mayor parte de su trayectoria la ha andado en el deporte, como futbolista de regular a malo y, como periodista.

Trabajó en el Instituto Nacional del Deporte desde 1991 hasta 2010, con recorrido por todos los cargos del escalafón, desde pasante hasta director de Prensa. Experiencias en radio, televisión e impresos lo llevaron a la jefatura de Prensa del equipo de baloncesto Cocodrilos de Caracas desde 1997 hasta el 2000.

Con sus colegas Irving Guanipa y Jimmy López recibieron en 1995 el Premio Nacional de Periodismo Radial Mención Deporte y,

Premio al Mejor Programa, otorgado por la Federación Venezolana de Baloncesto, por *La Voz del Fanático del Baloncesto*.

Columnista y redactor suplente en 2001, *Meridiano*, *El Mundo* y *Últimas Noticias*, en deporte e hipismo. Corresponsal en Caracas del diario *El Impulso*. Desde 2013 redactor de *Ciudad CCS*, donde formó parte del equipo de *Ciudad*, que fue el ganador de la mención impreso del Premio Nacional de Periodismo por trabajo de investigación en 2013. Ese año y el siguiente obtuvo el Premio Municipal de Periodismo, además del Premio Aquiles Nazoa. Desde 2018 se ha dedicado al rescate de la memoria caraqueña con sus crónicas en la sección *Caraqueñidad*, de *Ciudad CCS*, ahora publicada todos los lunes en *Voces*. Es un agradecido de la vida, de su familia, de sus amigos y de su protectora: la Virgen del Valle.

CONTENIDO

Prólogo / 12

De tradiciones

El que pecaba en Semana Santa se podía quedar pegao... / **15**

“Aquí es” y en “el Ávila es la cosa”

eran consignas de los carnavales / **19**

¿El acto del crematorio

en contra de la cultura post mortem? / **23**

De espantos y amuletos

El Carretón y otros espantos

asustaban en noches oscuras / **28**

La monja fantasma del Calasanz / **32**

Aparecidos en la Plaza Bolívar / **36**

El cielo, el coloniaje y los terremotos de Caracas / **40**

La lengua es castigo del cuerpo...

y de las manos también / **44**

De Bolívar

Claro que Bolívar es de Caracas / **50**

Entonces Bolívar no era estéril / **54**

¿Quién se quedó con el dinero

para la estatua de Cenizo? / **58**

De médicos

- ¿Hay momias made in Galipán? / 63
- Médicos de Caracas, eternos luchadores / 67
- Guarapito, un gocho avispaio
que casi llega a rector de la UCV / 71
- Ricardo Carvajal entonó
a toda Caracas con su "Médico Asesino" / 75

De fe

- Fe por el Nazareno a todo riesgo / 80
- María Lionza hazme un milagrito: llévate al covid (II) / 84

De lugares

- Las materias de El Calvario / 89
- En plena Guerra Federal se formó la sampablera / 93
- Torres de amores de altura / 95
- El "Puertas Amarillas"
aún sobrevive y atiende la soledad / 99
- Caracas tuvo su ron y cerveza / 101
- Caimaneras: de Catia pa'l mundo / 105

De damas

Mujeres con soluciones de altura / **110**

Gardel volvió catiras a caraqueñas / **114**

La amarga realidad de la rica torta bejarana / **118**

De homenaje

De Caracas a Maratón: un largo recorrido... / **123**

Epílogo / **127**

PRÓLOGO

Contar verdades sucedidas en escenarios, tiempos y realidades distintas bajo la óptica reflexiva y crítica del cronista, manteniendo el grado de objetividad requerido para su validez histórica y literaria, es en extremo complejo y difícil.

Escudriñar en el tiempo y abrir las trochas que nos conecten con nuestras propias historias, nos permite extrapolar y contrastar visiones para mejorar el presente. Eso trasciende lo periodístico, lo literario, lo pedagógico, lo humano.

Hace unos días recibí un mensaje por wasap que decía: "Van a publicar unos relatos míos y tú vas a hacer el prólogo. He dicho". Luego de unos minutos de silencio me dije: "Ese es el estilo infundible de Luis Carlos Martín Ascanio".

Un tipo que nos hace disfrutar con cada uno de sus textos, un alborotador de espíritus, un transgresor de esquemas rígidos capaz de pasear por los callejones malolientes del urbanismo irresponsable pero también por los salones deslumbrantes y sofisticados de

la "crema y nata" de la caraqueñidad, igualmente irresponsable –en su mayoría– pero con aromas de Channel, Dior y Carolina Herrera, que taparean la doble moral de los "billetúos".

Alguien sentenció que "la crónica justifica la existencia humana", y si el narrador le adiciona la irreverencia y el desafío constante que le imprime Luis Martín a sus escritos, no es extraño entonces que despierte remembranzas, dolores, carcajadas y pasiones que reiteradamente nos remiten a *Los Miserables*, de Víctor Marié Hugo, o algún pasaje shakesperiano. El autor también es poseedor de un método muy personal que involucra, sin temor ni mezquindad, la consulta e investigación que le permite cerrar sus trabajos generando conclusiones sólidas y contundentes.

Aprendamos, divirtiéndonos entonces, con esta serie de crónicas que nos dejan una gran enseñanza. Gracias Carlucho por lo que nos has dicho.

Iván Rafael Russa Crespo / Periodista

De tradiciones

El que pecaba en Semana Santa se podía quedar pegao...

La poderosa influencia de la Iglesia católica y muchas de sus restricciones que podían conducir a la excomunión, definían las costumbres, tradiciones y acciones del venezolano en general y, más aún, del caraqueño de finales de siglo XIX y todo el XX, quizá por el hecho de vivir más cerca del bunker principal de los representantes legales de Dios en la Tierra.

De ello pueden dar fe bisabuelos, abuelos y uno que otro padre, quienes aseguran que toda la vida social estaba regulada por la Iglesia.

Cada infractor sería descubierto por la omnipresencia divina, que le impondría máximas penitencias de inmediato. De no cumplirlas, expondrían al pecador a males perpetuos, directamente proporcionales a las faltas cometidas.

Convencidas del exculpador despojo, las amas de casa aplicaban el ritual del sahumero con mirra, estoraque y esencias con velas moradas para borrar los errores, conjurar espíritus tentadores y alejar las malas influencias.

Semana Santa era una época, por demás, sagrada. Nada de playa. Nada de rumba. Nada de curda, porque se conmemoraba (lo cual es distinto a celebrar) la muerte de Cristo.

Nada de nada

“Ese libertinaje es ahora, de un tiempo pa’ acá”, decía mi abuela, la vieja Lourdes. Ella contaba, junto a sus hermanos Juan y Pepita, que en honor al ayuno de 40 días que hizo Cristo en el desierto, se impone una estricta tradición de restricciones sobre el quehacer mundano, y que la cosa arrecia durante esa Semana Mayor, que culmina el Domingo de Resurrección, cuando los compromisos con la Santa Iglesia giran en torno a procesiones y rezadera para borrar los malos pasos dados ese año. Una confesión saldaría deudas con el Cielo.

—¿Abuela, y de aquello nada?, pregunté curioso e inocente.

Ella, sin replicarme qué quería decir yo con la frase: “de aquello nada”, no me dejó seguir... Con su sabio verbo me aclaró que no se podía hacer prácticamente nada, porque todo podría representar una ofensa a Cristo y a su papá, que es el mismísimo Dios.

Introyección salvadora

Se cocinaba hasta el miércoles al mediodía para no caer en excesos pecaminosos. Se hacía una ristra de hallaquitas de hoja que se guindaba en las cocinas de las casas. Se iban sacando del racimo de par en par para comerlas solo con pescado, que es un ícono del cristianismo. Por ello, en un acto de introyección se intentaba purificar el alma al ingerirlo; algo así como cuando se comulga. ¿Qué más puro que el cuerpo de Cristo? ¡Ay de aquél al que se le ocurriese desafiar los mandatos divinos comiendo carne o pollo! Incurriría en pecado mortal.

Quedarse pegao

Era común colocar una sábila detrás de la puerta, atada con una cinta roja. Si se caía, era porque alguien iba a morir. Todo para infundir miedo y conductas alejadas de las provocaciones y del placer. Es que la gente creía en cualquier cosa que le dijeran y usaban contras o reliquias protectoras.



Vestirse de color violeta es una promesa fija.

Los Domingos de Ramos todo el mundo iba a buscar su palma bendita para hacer pequeñas cruces y colocarlas detrás de la puerta, en la cartera, en el carro, en la oficina, para asegurarse la protección divina. Esa contra era sustituida justo al año siguiente, y en vez de botarla, se incineraba la vieja para acabar con los males que aquel amuleto había recogido. Igual que se quemaba a Judas el Domingo de Resurrección.

En las iglesias, en vez de campanas sonaba la matraca, en clara alusión a un acto luctuoso. Si pisabas duro, pisabas a Cristo. Si barrías, estabas barriendo a Cristo. Si hacías fiesta, estabas celebrando la muerte de Cristo. Que no se rompiera nada cuyo remiendo requiriera clavar. Eso sería clavar a Cristo. Si te bañabas te convertías en pescado. Si besabas pecabas. Y si amabas con desenfreno corrías el riesgo de “quedarte pegao”...

El Nazareno y los siete templos

Hombres y mujeres acudían a la procesión del Nazareno de San Pablo, en Santa Teresa, donde abundaban, además del violeta, los colores sobrios, casi en tono de luto. Al ritual se sumaba la visita a los siete templos, además de la procesión del Santo Sepulcro, siempre escoltado por La Dolorosa, ahí en San Francisco. Y en muchas ocasiones, no siempre, se hacía en la Catedral el lavatorio de los pies a los niños (por parte de algunos clérigos) en señal de la humildad de Cristo ante su feligresía.

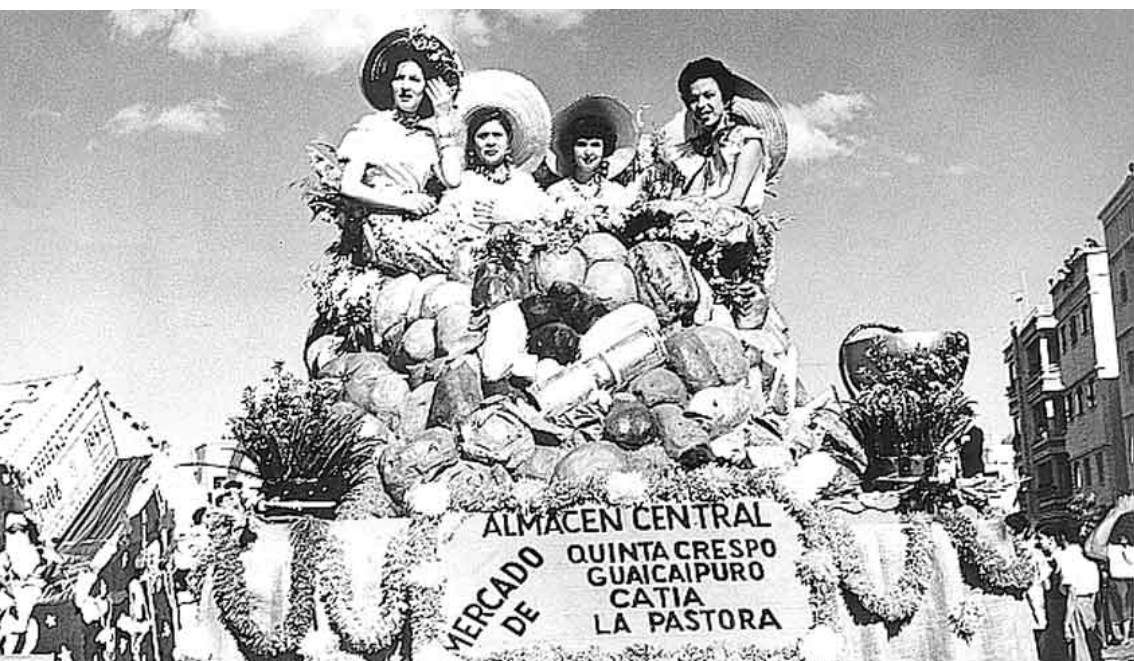
En la radio, música sacra. El *Popule Meus* y cosas de esas... Para el recogimiento espiritual, hoy fuera de la agenda debido, sobre todo, a los precios del “pescao salao”, del chigüire y la cola de baba... ¡Qué Dios nos agarre confesados!

“Aquí es” y en “el Ávila es la cosa” eran consignas de los carnavales

¡En el Ávila es la cosa! decía la promoción de finales de los años 50 y todos los 60 sobre los grandes saraos que se montaban en Caracas con motivo de uno de los mejores carnavales de la región, reconocidos y celebrados con famosas agrupaciones musicales nacionales y extranjeras, en la pista de ese fastuoso hotel ubicado en el piedemonte avileño, en la entonces moderna urbanización San Bernardino.

Todo esto ocurría en medio de una convulsa sociedad caraqueña, que entre otros temas tenía en el tapete las acciones guerrilleras que desencadenó la muerte de la conocida estudiante de Psicología, de la UCV, Livia Gouverneur, y el sonado caso del secuestro del delantero argentino, ficha del Real Madrid, Alfredo Di Stéfano, quien fue plagiado del hotel Potomac, también en San Bernardino, y liberado en la avenida Libertador.

Ninguna de estas situaciones bélicas (que incluyeron por esos días los famosos Carupanazo y Portañazo), impidió el ambiente rumbero del capitalino y de muchos empresarios que hicieron su agosto en esos febreros, porque hacían mucho dinero durante los carnavales.



Caravanas de carrozas con reinas de barrios y parroquias recorrían la ciudad entera.

Antecedentes

Pero no todo era rumba. La Iglesia y su estricto obispo Diez Madroño, en pleno siglo XVIII, decretó que los Carnavales fuesen tres días de rezos, rosarios y procesiones, ya que se trataba de unas fiestas muy paganas y pecaminosas.

Más adelante, y con menos influencia de la religión, la festividad se fue flexibilizando y se dio paso a reuniones de orden más alegre, donde, por ese sempiterno fenómeno de la división de clases, muy presente desde aquella época, dejó para los más desposeídos los juegos con agua, harina y algunas sustancias nocivas. Mientras que para la gente de mejor posición, incluyendo a los llamados de alcurnia, era de las comparsas, carrozas y fiestas en grandes salones.

Los desfiles de carrozas con reinas de las diversas barriadas y parroquias eran de más de populares; igualmente en los templetos y las fiestas improvisadas en diversas zonas de la capital, competía la creatividad y complejidad de los diseños de disfraces, desde los más sencillos hasta los más elaborados.

¡Aquí es, aquí es!, era el grito de la chiquillería, ubicada a lo largo de avenidas, calles, plazas y redomas por donde pasaban las carrozas con sus reinas tirando caramelos al pueblo.

Las grandes rumbas

La dictadura de Marcos Pérez Jiménez tuvo un aliado en las rumbas en honor al Rey Momo, quizás para aliviar la tensión y el terror político generado desde ese gobierno represivo.

Con el grito de ¡en el Ávila es la cosa!, dicen que proliferó una especie que se mantenía en el closet, las famosas negritas del carnaval, entre quienes aparecían muchos homosexuales disfrazados y a más de un galán picaflor le llegaron a robar un beso. Jajaja. ¡Oh sorpresa!

Es que anunciaban que las cien primeras mujeres que llegaron El Ávila disfrazadas de negritas tendrían entradas gratis y trato preferencial. Los controles se hacían casi imposibles y ello dio paso a aquella anárquica metamorfosis.

Artistas de la talla de Celia Cruz, en compañía de La Sonora Matancera, Tito Rodríguez, Lupe Victoria Yoly Raymond o La Lupe, Machito y Graciela, Billo Frómata, Los Melódicos, Chucho Sanoja y su Lamento Náufrago, entre muchos otros, tuvieron el honor de animar esas rumbas carnestolendas.

Claro, aquellas fiestas se extendían no solo a otros recintos de Caracas, sino de todo el país, y la cosa era tan demandante que se abrió paso a un gran mercado musical internacional. Para el Gran Combo, Richie Ray y muchos otros duros, era un caché tocar en los carnavales de Caracas. Todos quería venir.



Los momentos se prestaban para jugar sanamente, jajaja, con agua y otras sustancias.

Mientras, paralelamente, se fue desvirtuando el asunto, el alto costo de la vida e influencias de “malas mañas” importadas, fueron decretando la muerte lenta de tan rumbera tradición.

Agua, harina, huevos y pintura, además de otras sustancias muy dañinas para la salud, marcaban la pauta de los carnavales en algunas zonas, donde por supuesto fue la violencia la orden del día.

Hoy se extraña la fiesta y la octavita.

¿El acto del crematorio en contra de la cultura *post mortem*?

Qué afortunadas resultaron las almas del músico de la Banda Marcial de Caracas, Bonifacio Flores; del general Guillermo Goiticoa y del guayanés (que vino a morir tan lejos) José Conrado, quienes fueron tendencia noticiosa por ser los únicos tres difuntos que recibieron cristiana sepultura el 10 de julio de 1876, a manera de inauguración oficial del Cementerio General del Sur.

¿Cómo que afortunados, si abandonaron esta vida?, se preguntarán ustedes. Pues sí, aunque suene dicotómico o paradójico, ese trío de ánimas no tendría que andar por allí en pena, porque estaban estrenando el camposanto que en poco tiempo sería referencia del potencial escultórico y artístico, cual museo a cielo abierto, luego decretado Patrimonio Histórico y Artístico de Caracas.

Guzmán Blanco había prohibido los entierros en los patios de iglesias y conventos, como lo permitía la tradición eclesiástica. Por ello construyó la moderna necrópolis capitalina, que fue abierta al público— en los antiguos terrenos de la Hacienda Tierra de Jugo —cinco días antes del deceso de aquel trío inaugural, en fecha conmemorativa del Acta de Independencia y en coincidencia con la primera exhumación del Libertador, en su paso previo al Panteón Nacional.

Entierros en el sur: un caché

Cuenta la leyenda que en noches solas, oscuras y quizás hasta aburridas, estos nuevos espectros saldrían a regodearse con la estética de la alta cultura, en medio de excelsas obras acabadas en mármol, granito y bronce, producto de las genialidades del italiano Emilio Cariboldi o de otros artistas franceses y españoles, que junto a escultores venezolanos se lucieron en mausoleos y monumentos con su arte funerario.

Visto así (aunque muerto es muerto y, supuestamente entre ellos no hay diferencias, como canta Orlando Watusi en “las calaveras todas blancas son”), ni de vaina era lo mismo sepultar esos cadáveres inaugurales en el cementerito de mi Calabozo natal o de mi amado San Juan de Los Cayos, que brindarles descanso eterno en el nuevo recinto del sur capitalino, ornado con obras de reconocimiento internacional.

Era un caché para las familias sepultar a sus difuntos cerca de los monumentos más relevantes. Un asunto de cultura y de chismes. Además, los visitantes mitigaban su aflicción ante la pérdida al disfrutar de tan majestuosas obras.

Pero con el crecimiento voraz de esta moderna metrópolis, las cosas fueron cambiando, y aunque el del sur siguió considerándose uno de los cementerios mejor flanqueados con obras extraordinarias desde lo artístico y lo estético, otros fenómenos fueron apareciendo, como la inseguridad y, más adelante, la bendita libertad de cultos le dio rienda suelta a una serie de prácticas casi trogloditas, por lo que el caraqueño emprendió la búsqueda de nuevos destinos para el reposo eterno de sus deudos.

¿Arte post mortem o seguridad?

A ese ritmo desbordado, de evidente irrespeto por el dolor ajeno, de reinado del hampa y de las nuevas creencias, “ni siquiera los muertos se salvan”, diría cualquier sociólogo acucioso.



Atrás quedaron las visitas a los muertos porque el hampa azota.

Caracas siguió creciendo y demandando más espacios para el descanso de sus difuntos. Así nació el Cementerio del Este (1968), el de El Junquito, al igual que los Jardines de El Cercado. La gente empezó a sacar sus cuentas. En el sur ni de vaina. Atrás quedaron las visitas a sus muertos porque el hampa los azotó, por las impagables cuotas de los terrenos y por las aberraciones seudorreligiosas que por petición de espíritus superiores practican la profanación para culminar con éxito algunos hechizos. Qué locura.

Ante tan detestable realidad aumentó la migración mortuoria hacia los nuevos cementerios, que en vez de bellas artes ofrecían el verdor de su perfecto engramado, el silencio de sus soledades y una estric-

ta calma como garantía para el requerido reposo de sus cadáveres. Pero (y siempre hay un pero) el hampa, sus nuevas tendencias y su inteligencia, también extendió sus tentáculos hasta esos espacios privados.

Otros elementos: Los altos costos de las exequias –sea quien sea el muerto–, ningún seguro los cubre. Nadie tiene real sino para medio comer, por lo que comprar terrenos en cementerios y el mantenimiento de condominios de cadáveres resulta un capítulo digno del realismo mágico.

Ante estas inobjetables realidades cobra fuerza una novedosa manera de darle un adiós definitivo a los finados: la cremación, que no es más que un velorio donde el cuerpo del difunto sale, en un par de horas aproximadamente, hecho polvo, tal como lo anunció miles de años antes, la Santa Biblia.

De esta manera disminuye el ritual casi sadomasoquista de las visitas dominicales a los cementerios, así como el riesgo de atracos, y se ahorra un dineral porque no hay que pagar flores ni jardineros ni otras ofertas que hacen los magnates de la industria fúnebre.

Por tan complejos pero reales motivos, desde hace cierto tiempo, se impone el crematorio, so riesgo de privar por *secula seculorum* a las achicharradas almas del disfrute pleno de la rica cultura de ultratumba que brindan las obras finamente expuestas en el camposanto del sur.

Ahora diga usted, ¿fueron o no afortunados aquellos muertos primerizos?

De espantos y amuletos

El Carretón y otros espantos asustaban en noches oscuras

Hemos dejado en claro, a través de entregas anteriores, lo excesivamente difícil que resulta verificar la autenticidad del “*made in Caracas*” en cuanto a las costumbres, tradiciones y artes que acá reseñamos. Recordemos que esta ciudad cosmopolita creció en torno a la Plaza Mayor (ahora Bolívar) y se fue superpoblando a raíz de la migración campesina, originalmente y, extranjera, después, en busca de mejor calidad de vida.

Lo que antes limitaba por la Laguna de Catia, Chacao, San José y El Cementerio, ahora se extiende y se pierde de vista. A ese crecer vertiginoso y, lamentablemente desordenado y anárquico, aquellas autoridades, a quienes se les fue de las manos un detallito denominado planificación urbana, lo denominaron la Gran Caracas...

Volviendo a la ciudad vieja, pequeña, de mucho menos habitantes, entre otras carencias, adolecía de un sistema de suministro de energía eléctrica efectivo, por lo que proliferaron mitos y cuentos espectrales nacidos de la imaginación, sobre todo del campesino mudado a la capital, que dio vida a personajes, leyendas y fantasmas que fueron y son parte indisoluble de aquellas oscuras noches.

Se suponía que disminuirían las citas románticas a escondidas, y ello garantizaría la visita romántica oficial en la sala de la casa, con horarios, modales, gestos y conversaciones supervisadas.

Por cierto, solo eran bien vistos los novios caseros que aprobaran, según criterio de los suegros, aquellos interrogatorios más severos que los de El Mentalista o los de CSI: ¿es de buena familia?, ¿cuál es su apellido?, ¿qué hace usted: estudia, trabaja, tiene dinero, propiedades?, (y otras cosas varias...). Válgame Dios. Y si no llenaba las expectativas, aquel galán era echado a las fauces diabólicas del fantasma espectral que era dueño de las noches caraqueñas.

Espantoso carretón

Un espanto famoso fue El Carretón, que originalmente se llamó El Carretón de La Trinidad, alegórico a la (ya desaparecida) zona cercana al Panteón Nacional, donde dicen que fue visto por primera vez. Aseguraban que se trataba de un carruaje negro y encapotado, que sin ser tirado por ningún caballo andaba a poca velocidad y anunciaba su presencia con un atormentador ruido, conducido por un demonio al que nadie describe con exactitud, salvo que echaba candela por los ojos y la boca.

Pero la gente y su imaginación fueron extendiendo los efectos asustadizos de semejante aparición, a tal punto que dicho carruaje maléfico fue escuchado, detectado y visto por noctámbulos de sitios recónditos de la parte más oeste de lo que ahora es Catia, incluso del norte, en la “pata de El Ávila”, como decían los primeros habitantes de Los Frailes, donde además de haber sido espantados por El Carretón, también afirmaban ser víctimas del Ánima del Pelotero, que era un ruido que simulaba el sonido de un guante cuando atrapa una pelota de beisbol lanzada a alta velocidad: un mascoteo: algo así como tra-tra, tra-tra. Porque ese beisbolista muerto, en su perverso plan de asustar, tenía un socio (invisible, por supuesto) que le devolvía cada



Muchos habitantes de la Caracas típica vieron a La Sayona y La Llorona.

lanzamiento, en ejercicio precompetitivo y de calentamiento, según contaban los primeros habitantes de la 2a. Calle de Los Frailes.

Caracas, en general, fue escenario de esos tradicionales fantasmas y apariciones, al punto que hay sitios que quedaron bautizados por *sécula seculorum* debido esas creencias.

Esquinas y zonas como El Muerto, El Rosario, El Cristo, Cristo al Revés, Candilito, Mano de Dios, El Calvario, El Puente de Los Suspiros, dan cuenta de ello. Espantos famosos como La Sayona, la Dientona, El Enano de Catedral y otros que fueron variando de nombre, indumentaria, zonas y formas de asustar, según fueron pasando los días y acabándose la inocencia de los caraqueños.

En plena Plaza Bolívar salía un famoso muerto en la esquina de Gradillas. El maestro Billo Frómeta le compuso una guaracha, que llegó a ocupar los primeros lugares del hit parade: *“En la esquina de las Gradillas sale un muerto / Sí señor, cómo no, sale un muerto”...*

Todo eso ocurría en aquellas oscuranas que cedieron protagonismo a nuevos espectros que, hoy, no dejan ciudadanos culillúos sino víctimas de fechorías, que lamentablemente en ocasiones, forman parte de cifras rojas.

Y usted dirá, pero eso era antes porque no había luz. Sí, es cierto, pero ahora que existen avanzados sistemas de energía eléctrica, aparecieron bichos raros que atentan contra la efectividad de los modernos focos, que en la mayoría de los casos, cuando pretenden aclarar lo que hacen es oscurecer...

Por ello, amigos lectores, como más sabe el Diablo por viejo que por diablo, es mejor tenerle miedo a los vivos y no a los muertos... Siempre hubo pillos que se aprovechaban de situaciones, soledades, oscuridades. Y siempre hubo novias atrevidas, dispuestas a burlar y retar fantasmas, para escaparse en su tierna y sagrada tarea de preservar la especie.

La monja fantasma del Calasanz

El colegio San José de Calasanz, enclavado en las Lomas de Urdaneta, en Catia, no solo es tendencia noticiosa desde hace un montón de años por su producción de buenos futbolistas –muchos, incluso, han vestido la casaca vinotinto– si no por su educación de calidad a bajo costo. Y, no podía faltar el toque extraterrenal en esta Caracas embrujada, por el fantasma de la monja que ha asustado a muchas generaciones de escolapios.

Desde siempre esta prolija capital ha creído en espantos y espíritus que desde el más allá dicen presente con mensajes de advertencia o simplemente por solo asustar, como suelen hacer esos espíritus burlones. Y este famoso recinto estudiantil, al igual que otros, incluso en latitudes internacionales como México, Costa Rica, España y Perú, tiene su propio espanto encarnado en la terrible aparición de una monja espectral.

Muchos lo negarán, pero un montón de calazanes saben que es así. De que vuelan, vuelan...

Retrospectiva fantasmal

Cuando el movimiento de escuelas Pías, de España, mandó al cura Constantino Garosoain como máxima autoridad para inaugurar el

Calasanz de Caracas –hay uno en Valencia y otro en Carora– no proyectó jamás el gigante educativo y de rica historia que estaba viendo luz en septiembre de 1952, erigido a la par de la famosa urbanización Colinas de Urdaneta, luego rebautizada con su actual nombre Lomas de Urdaneta.

Todo fue inspirado en su progenitor San José de Calasanz, considerado el santo de la educación gratuita, por sus tangibles obras al respecto en España e Italia. Claro, los curas acá tenían que cobrar aunque fuese tarifa mínima mientras lograban acuerdos de subsidio. Pero eso es harina de otro costal.

Relatan algunos testigos de aquellos días en los que ni siquiera un rancho asomaba en el Cerro Piloto (El Amparo) ni en Los Magallanes –ambos, linderos de las Lomas y, por ende, del Calasanz, construido en cuatro hectáreas que pertenecían al INOS y al Banco Obrero– lugar en que varios obreros perdieron la vida en plena ejecución de la obra, para entonces flamante, traducida en un megaedificio de varios pisos.

La exigencia de estar en plena armonía arquitectónica y ambiental propuesta por los ideólogos de la gran urbanización en homenaje a Rafael Urdaneta (Carlos Raúl Villanueva, Guido Bermúdez y Carlos Brando), suponía mayores riesgos, y por medidas de seguridad laboral apenas incipientes, sobre todo para trabajar en las alturas, hubo lamentables accidentes. Desde entonces son incesantes los llantos y las quejas que espantan al más pintado durante las interminables madrugadas bañadas del rocío que baja en los albores desde El Junquito.

¿Y qué tiene esto que ver con la monja? Dicen que esos quejidos están asociados a la aparición de Sor Espanto. Siempre privó el misterio en ese ambiente lúgubre propio de las exigencias eclesiales de un colegio cristiano, con misas y ciertos enigmas jamás revelados. Uno de esos misterios es el cobro de matrícula –accesible en realidad– a pesar de que en agosto de 1948 José Calasanz fue declarado por el papa Pío XII, patrón de las escuelas cristianas, populares y gratuitas.



Esta monja diabólica asustó a más de uno.

Siguen los misterios

Ya se dijo, el Calasanz es productor de buenos estudiantes, futbolistas a granel, uno que otro basquetbolista y mucha historia, a veces diluida en anécdotas, cuentos y mitos.

No se sabe por qué, pero en 1980, coincidentalmente año bisiesto, el fantasma de la monja fue visto con extraña frecuencia, aunque la cosa no pasaba del miedo que generaba el cuento de quien la veía, generalmente mujeres.

Lo muy duro y real es que ese año el destino cobró la vida de tres adolescentes, excelentes deportistas y mejores amigos, en circunstancias diversas: un accidente de moto, un accidente deportivo –qué increíble: dejó sus sueños jugando baloncesto–, y una enfermedad terminal que duró dos años en lograr su cometido. Silencio sepulcral. Lamento. Llanto colectivo. Luto indefinido. Y entre una y otra situación la monja aparecía quizás anunciando más dolor.

En cuatro años más, otra vez bisiesto, en accidente automovilístico dejan sus vidas un exalumno y un alumno activo, y en 2004 y 2016, también bisiestos –signados como pavosos– se fueron otros hermanos de la vida.

Y ahí preferimos perderle la pista y abandonar la tétrica estadística que, más allá de los fríos y agresivos números, sembraron terror en la comunidad escolapia.

La verdad de la monja

Aunque hoy nadie alza la mano para aseverar que vio al fantasma, se antoja imborrable el recuerdo de los compañeros que cambiaron de plano cuando apenas eran estudiantes de bachillerato, cuando empezaban a tejer y destejer sus sueños, cuando sus goles acababan de romper los capullos del deseo.

Hoy, con visión más curtida de experiencia –y de malicia– muchos de esos que juraban haber visto a la amedrentadora monja, explican que casualmente apareció mientras unas compañeras de los últimos años decidieron tomar un baño e ir a un salón del último piso para desfilas como Dios las trajo al mundo en un concurso de senos perfectos. Imaginamos quién ganó.

Dicen que un cura descubrió lo referente al exótico certamen, y cual Osmel Souza se apersonó a poner orden a riesgo de ser espantado por la monja malvada. Algunos dicen que por fortuna fue ese y no otro cura el que se encargó del azaroso asunto, pues no se sabe si hubiese reaccionado de acuerdo con la fama que le precedía.

Lo cierto es que analizando en frío todo el cuento, resultaba más seguro tenerle miedo a Kojak y sus primos perros lobos que cuidaban el campo de grama que a la susodicha monja fantasmal.

Ya sabe, si algún día decide pasar por el Calasanz lleve su frasquito con agua bendita...y santo remedio.

Aparecidos en la Plaza Bolívar

A veces no es bueno tanto escepticismo. Hay que creer en vainas. Cuando usted transite por las cercanías de la Plaza Bolívar de Caracas, cuídese, prepare su crucifijo porque aunque se haga el loco seguramente sentirá raros escalofríos por los influjos que desde el más allá llegan como almas en pena que pretenden redimirse y recoger sus últimos pasos, los que tristemente las desterraron de este plano hace un bojote de años.

El imaginario criollo mucha tela ha cortado sobre el espectral tema: el Muerto de Gradillas, el Enano de La Torre, el o los muertos de la Casa Amarilla, el fantasma del independentista José María España o del mismísimo Simón de Bolívar, alias El Viejo... y quién sabe cuántos más.

Son incontables las víctimas de la funesta política impuesta por la Corona española en esos días en los que este territorio era apenas una Capitanía –nada de Venezuela libre– una guinda más de ese imperio plenipotenciario, invasor, expoliador y asesino.

Mucha gente murió a causa de inanición y/o torturas en las cárceles caraqueñas –que todas quedaban alrededor de la otrora Plaza Mayor, ahora Plaza Bolívar–, otros a causa de enfermedades como la vi-

ruela y otros tantos que ni siquiera aparecen en registros oficiales pero que muchos cronistas referencian.

Algunos dejaron sus fuerzas y hasta la vida como mano de obra cuando construían el casco histórico. Y otros se fueron víctimas de los poderosos terremotos caraqueños, como el de San Bernabé, en 1641 o el más famoso de 1812, cuando Bolívar retó a la naturaleza.

Sucede que esas almas, al parecer, buscan paz eterna, descanso total y por eso son incesantes sus apariciones, gemidos y espeluznantes llantos extraterrenales que hacen eco con la solitaria estatua ecuestre del Padre de la Patria.

¿Cárceles en pleno centro?

La Casa Amarilla –de ese color en armonía con el Partido Liberal, de Francisco Linares Alcántara, su primer huésped como presidente en 1877–, ahí mismo donde está ahorita, mucho antes de fungir como sede de la Cancillería, había dado vida a varias instituciones gubernamentales, incluyendo la residencia presidencial. Previamente fue una importante prisión que terminó constituyéndose en la Cárcel Real, según decreto del rey español. Quien allí purgaba condena difícilmente salía para contarlo. Fueron públicas las torturas y métodos que hoy encabezarían informes internacionales sobre violación de los derechos humanos. Usaban grillos, cadenas, palizas, hambre forzada, y dejaban morir de mengua a quienes padecieran cualquier enfermedad, a manera de escarmiento para todo quien osase alzar su voz –y más sus acciones– contra los intereses de ultramar.

Era reclusorio de los considerados más peligrosos, los que se oponían al régimen y los delincuentes comunes, rateros de poca monta que eran prácticamente abandonados o preferiblemente torturados hasta exprimir sus últimos suspiros. Lamentos que son escuchados por los actuales empleados de la Cancillería. En la biblioteca, en los salones principales, en todos lados hay un fantasma recordando ese rudo pasado.



Las plazas no escapan del imaginario popular.

Por su parte, funcionarios corruptos o presos privilegiados eran tratados con cierta benevolencia y les daban casa por cárcel, siempre en los alrededores de la Plaza Mayor, sencillamente porque Caracas no pasaba de allí, pues.

Ese fue el caso del abuelo en quinta generación del Libertador, Don Simón de Bolívar, apodado El Procurador y El Viejo, acusado y despojado de sus bienes por el sucesor en la administración de los bienes públicos, Sancho de Alquiza. Comprobada la inocencia del primero de los Bolívar en Venezuela, fue exonerado y pensionado por la Corona. Dicen que El Viejo sale para asustar a los neocorruptos pero ha perdido efectividad.

Barbarie pública

Cuando José María España, socio de Pedro Gual –autores intelectuales de la Conspiración de Gual y España– fue literalmente arrastrado,

atado a la cola de un caballo, desde su reclusorio hasta el cadalso en la Plaza Mayor, los realistas obligaron a los maestros que ordenaran a sus alumnos presenciar el dantesco proceso que culminó con el ahorcamiento, decapitación, desmembramiento y fritura de la cabeza del líder libertario, para amedrentar a quienes tan solo pensaran algo contra la monarquía. No conforme con ello, las partes de la víctima fueron esparcidas y exhibidas en distintos sectores de la capital y de La Guaira... sitios donde aún se captan sus quejas.

Cuentos y rumores

Otros hechos horripilantes sucedidos en los alrededores de aquella Plaza Mayor dieron pie a una serie de infundios y creencias extrañas acerca de apariciones que dicen presente cuando se pasa asistencia entre los personajes que conforman la rica historia caraqueña.

El Muerto de Gradillas tiene hasta una guaracha –más sabrosa que el carajo, que le hizo Billo–, una cuadra más arriba sale el Enano de la Torre, que pide fuego para encender su cigarrillo y quien lo auxilie verá cómo crece hasta el infinito, con risa macabra, convidándolo al fuego eterno del infierno. En las esquinas de San Jacinto, Principal, El Conde, Sociedad y sus adyacencias, espanta el fantasma de la vendedora de conservas y El Carretón, que no era más que el carruaje de algún amante clandestino que prefería la oscuridad de las noches para mimetizar sus intenciones... Asimismo transcurren las temidas historias de tantos otros personajes que le dieron vida a la evolución de aquel asentamiento que de semirrural pasó a esta moderna metrópoli donde hoy asustan más los vivos, sobre todo esos maleantes dueños de las noches y de la paz de los caraqueños.

No sea escéptico. Y recuerde, quieto es quieto. No invente. Si es un fantasma no pasará de poner su piel de gallina y un sustico. Pero si le sale un muerto vivo la cosa se puede complicar...

El cielo, el coloniaje y los terremotos de Caracas

Caracas ha sido tradicionalista en eso de achacarle a lo sobrenatural las causas de un montón de sucesos que han marcado su destino. Este 26 de marzo se registran 209 años del devastador terremoto que acabó con más de 20 mil vidas y con la infraestructura, no solo caraqueña sino de ciudades como La Guaira, Mérida, El Tocuyo y San Felipe, todas bajo poder republicano, mientras que, ¡oh casualidad!, las localidades dominadas por la monarquía española en aquella convulsa Venezuela, como Coro, Maracaibo y Angostura, salieron casi ilesas, hecho manejado por el poder eclesiástico que no dudó en culpar del desastre a Dios, quien con su mensaje daba a entender que los españoles debían retomar fuerzas. Mucha gente fue perdiendo fe a los esfuerzos libertarios.

El emperio mismo inclinó su invisible balanza a favor de las imposiciones que desde ultramar designaba Fernando VII, y Dios, muy obediente del *estatu quo*, no solo permitió el asunto sino que castigó a Venezuela con aquel movimiento telúrico que inmortalizó a Simón Bolívar con su famosa proclama “*si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca*”...

La feligresía asustada, como era y es lógico, buscó templos para elevar sus plegarias al Supremo. La Catedral, su torre y su reloj, muy

afectados. Y el templo de Pastora a Torrero, erigido en 1745, fue totalmente arrasado por la furia. No había espacios para orar. “Inequivoca señal de la ira de Dios”, pensó la gente.

(Por su importancia, aquel templo fue reconstruido por el ingeniero José Muñoz Tébar y abierto al público desde 1889. Es la actual iglesia de la Divina Pastora...).

Aquello influyó determinantemente en la caída de la Primera República, ante el entonces fortalecido Domingo Monteverde, líder de los ejércitos enemigos de la patria.

Hasta los cuarteles republicanos se derrumbaron casi en su totalidad con muertes incontables, lo que debilitó moral y militarmente las fuerzas libertadoras con evidente repercusión en las arcas, ya que los recursos eran casi todos destinados a asuntos de guerra, aunque los esfuerzos se perdieron ese 29 de julio cuando cayó Caracas (y eso que es la sucursal del cielo) nuevamente bajo el yugo español.

¿Casualidad divina?

La sultana del Ávila, la eterna, fue escenario de grandes sismos entre los que destacan el de 1641, llamado también Terremoto de San Bernabé, el de 1900 y, en nuestra era, el fortísimo de 1967, precisamente el 29 de julio. ¿Premonitorio?

Eran como las 8 de la noche, dicen los registros que las 8:05 exactamente, cuando Luisito Rafael frenó de repente, puso el pare y abandonó intempestivamente su Luis Beltrán de color blanco –como le decía al viejo Mercedes Benz, cuyas inmensas puertas abiertas simulaban a alguien de prominentes orejas, de allí el nombre. Se había detenido el tránsito automotor en medio del túnel del Centro Simón Bolívar debido a la confusión y miedo colectivo de los conductores ante el ruido que emergía del centro de la Tierra.

Una Caracas más moderna en los albores de los 70, sin duda, y aunque no devastó como siglo y medio antes, sí fue trágico el saldo de



Una ciudad que achaca su infortunio a lo sobrenatural.

aquellos 35 segundos de terror que marcaron 6.7 grados en la Escala de Richter, porque hacia la zona del este y en La Guaira hubo lamentables pérdidas humanas y materiales.

Se sabe que la madrugada previa en Colombia el movimiento de la capa tectónica dejó 10 muertos, ¿a manera de aviso de lo que vendría para Caracas? Nadie lo puede afirmar ni negar, pero esos son los hechos.

Nuevamente se atribuyó el asunto a castigos celestiales. ¿A quién habría que rendirle pleitesía en ese momento de la política nacional e internacional?

Agitado Bernabé

Otro ejemplo de lo mágico y religioso unido a hechos naturales es sin duda el muy agresivo terremoto de San Bernabé (nombre por el san-

toral –adrede para mantener aquellas creencias de que las malas acciones eran castigadas desde lo más alto, aunque el movimiento telúrico viniese desde lo más bajo).

Fue el 11 de junio de 1641 cuando casi toda Caracas y toda La Guaira quedaron en ruinas absolutas, tal como lo mostraron los restos de la Catedral y su reloj, cuyas agujas quedaron marcando la trágica hora de la 8:45, según lo había presagiado –dice la tradición de boca en boca– un famoso personaje popular con fama de prestidigitador al que apodaban Ropasanta.

Salto uno y dos...

El 29 de octubre de 1900 otro terremoto generó pánico en Caracas. Relatan varios cronistas que el presidente Cipriano Castro, despa- chando desde la sempiterna y reconstruida sede de la Casa Amarilla, para salvar su vida ante el ruidoso sismo, hubo de pegar un salto atlético desde la réplica del histórico balcón que en 1810 había sido escenario libertario cuando el pueblo rechazó a Vicente Emparan. El saldo: un tobillo levemente fracturado.

Desde 1578 la Casa Amarilla sufrió refacciones, aunque sin atender las recomendaciones del procurador don Diego de Obelmejías en torno al balcón aquel que quizá hubiese resistido el poder del sismo de 1812. Más adelante fue reconstruido por José Antonio Páez. Sobrevive la imagen original de Nuestra Señora de La Luz, de las pocas cosas intactas ante ese desastre natural del siglo antepasado.

El Cabito, nuevamente atemorizado, aunque por otra causa, pegó otro brinco salvavidas y entonces le dejó el coroto a su compadre y amigo, el terremoto humano: Juan Vicente Gómez...

El cielo, la Iglesia, la política y el imperio español están así relacionados con los mayores sismos que azotaron Caracas.

La lengua es castigo del cuerpo... y de las manos también

Ni siquiera las fuerzas protectoras de su pipa encantada pudieron salvar a aquel presidente del terrible atentando, que aunque no cobró su vida reforzó aún más aquel refrán popular que asegura que la lengua es castigo del cuerpo...y de las manos.

Aún quedan defensores del casi extinto partido Acción Democrática y del líder principal de esa tolda política: Rómulo Betancourt. Los mismos aseguran que él nunca pronunció aquella fatídica, premonitoria y tristemente célebre declaración pública: ¡Que se me quemen las manos si he tocado el Tesoro nacional!..”

Muchos otros dicen lo contrario. Incluso, gran cantidad de portales dan por hecho que lo pronunció por radio y televisión, y por eso lo reseñó la prensa del momento. Lástima que en la década de los años 60 no existía internet para registrar irrefutable e inmediatamente tan elocuente momento, que hoy sigue como tema de seguridad nacional, ya que, con pronóstico o no, el fallido atentado fue perpetrado en contra del líder político, escritor y miembro de la Generación del 28, quien logró salvar su vida pero no la integridad de sus manos ante los explosivos embates de aquellos 100 kilos de dinamita asesina.

Y como el pueblo es el que manda, nos apegamos a lo que dicta la memoria popular...

El lugar, Paseo Los Próceres. Caracas. Por allí desfilaría la caravana presidencial como parte de los actos conmemorativos del 24 de junio de 1960. Un moderno Oldsmobile aparcado en una orilla de la acera era un coche-bomba, al mismísimo estilo del Medio Oriente. Allí aguardaba a que el vehículo presidencial se aproximara lo suficiente como para activar la letal carga y de un solo click volar por los aires al controversial mandatario.

Rómulo, nacido y criado en Guatire, aunque muy preparado en asuntos de política, historia, sociedad y cultura, quizás por crianza, tenía sus propios mitos, ritos y creencias. Para él, dicen, había un más allá y una corte de personajes que desde esos planos superiores le enviaban mensajes que siempre le guiaron en su accionar y ya le habían salvado de al menos dos atentados previos.

Según la leyenda urbana, halló en su inseparable pipa el amuleto protector, ya que por pura moda y su cada vez más marcado hábito de fumar (o de cuidarse) nunca lo abandonaba.

Un reconocido brujo de Barlovento (tierra de comprobados encantos), que lo llamaba "Romulito" por puro cariño, le ensalmó la cachimba humeante con un delicado y sabio ritual para transformar aquel simple utensilio de fumar picadura, en el eterno amuleto que le protegiera la vida al llamado padre de Acción Democrática. Tamaño compromiso reposaba sobre los hombros de tan peculiar hechicero, cuya identidad se ha mantenido en secreto porque es parte del sumario de este cuento. *Aunque ese negro es brujo, brujo es, mírale los ojos, color café...*

Dicen que no se sabe con cuántos ramazos ni con cuántas botellas de ron y aguardiente blanco más unos 10 tabacos Amazonas, fueron necesarios para conjurar la protección en esa fastuosa ceremonia con la que el curioso encantador garantizaba larga vida para "Romulito",



Rómulo Betancourt, sobrevivió al atentado, aunque sus manos se quemaron.

el maraco de María Teresa y Elena; hijos todos del migrante canario Luis Betancourt y doña Virginia Bello Milano.

La mañana de ese 24 de junio, se cree, Rómulo estaba muy alerta debido a su intuición extrasensorial. Según un viejo periodista de Guatire, también en el anonimato, por ser parte de la investigación, el proceder cabalístico del entonces presidente lo mantuvo muy atento. Se cumplían 139 años de la Batalla de Carabobo (donde las tropas de Bolívar les dieron una felpa a los españoles): la sumatoria de esa cifra ($1+3+9=13$) da como resultado 13, un signo del azar. *Zape gato ñaragato*, decía el líder adeco. Si fue el 13 de febrero de un año antes en el que tomó posesión, esta vez este bendito 13 podría ser una inequívoca señal de que algo extraño podría ocurrirle...



El vehículo presidencial, destruido casi en su totalidad, durante el atentado perpetrado en Los Próceres.

Quizás no había dormido bien pensando en las cuentas pendientes con su conciencia denunciadora, ya que años atrás había emprendido una campaña internacional para buscar ante la OEA el desconocimiento del régimen del dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo, a quien no dudó de señalar como el autor intelectual del atentado que terminaría apenas quemando sus manos, las que mostró vendadas ante la nación entera para hacer el anuncio públicamente.

Lamentablemente en la explosión perdieron la vida el jefe de la Casa Militar, coronel Ramón Armas Pérez, un segundo oficial y el conductor de confianza presidencial.

Y, aunque Rómulo contaba con su brujo, partido, adeptos, espíritus y pipa encantada, se le olvidó que este pueblo es sabio, paciente y no olvida... Todo eso ocurrió aquí en Caracas.

La realidad es que el brujo y sus poderes protegieron al ex mandatario adeco hasta que el 28 de septiembre de 1981, cuando víctima de un derrame cerebral, Betancourt pasó a otro plano en el Doctor's Hospital, de Nueva York, a los 73 años.

PS: Un año más tarde de aquel atentado de Los Próceres, un lujoso Chevrolet, que hacía las veces de carro presidencial de República Dominicana, fue emboscado y su pasajero principal acribillado. Aún la historia no da con el nombre del autor del sonado magnicidio. Otro *top secret* de este cuento. Así como ha quedado en el olvido un texto famoso que pretendió desaparecer de la faz del planeta la cúpula de AD, llamado *Aves de Rapiña sobre Venezuela...* ¡Dios nos agarre confesados!

De Bolívar

Claro que Bolívar es de Caracas

Está claro que Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios y Blanco nació la noche del 24 de julio de 1783, hace 236 años. De ello no hay dudas. Lo que no está muy claro, y cada vez salen nuevas versiones, es el sitio donde vio luz aquel enmantillado.

Apegados a la norma de la historia oficial, se afirma que nació en el centro de Caracas, en San Jacinto, pero de acuerdo con la versión que ha tomado fuerza por tradición oral, el hijo de María de la Concepción Palacios y del coronel Juan Vicente Bolívar y Ponce, nació en Capaya. De ser así, Bolívar sigue como nativo de Caracas, solo que “al este del este”, porque en esos días, Capaya formaba parte de la gran Provincia de Caracas.

Juran que es de allá

La sagrada tradición oral de Capaya sostiene que el 22 de julio de 1783, la madre de Bolívar, que acusaba avanzado estado de gravidez, acudió a un bautizo y garantizan que su firma aparece registrada en el Libro de Actas Bautismales de la iglesia de Nuestra Señora de la Iniestra de Marasma, fundada en 1754, en aquella población, que era un asentamiento de esclavos y trabajadores de haciendas donde se movía la economía.

Dicen los “versionadores de la historia”, que un alto jerarca de la iglesia de Los Teques arrancó el folio contentivo de la firma de doña María, aunque hubo muchos abuelitos que aseguraron verlo y juraron mantener vivo este cuento de boca en boca.

Como Capaya, desde mediados de julio, es azotada por las lluvias, el día de aquel bautizo llovió a cántaros, se desbordaron los ríos Capaya, Marasmita, Café, Morochas y Ochoa, y varias quebradas. Ello unido al avanzado estado de preñez de la dueña de la hacienda Palacios, presuponía un ilógico viaje de retorno a lomo de mulas (que en condiciones normales se hacía en dos días, pero que con ese temporal podría demorar hasta seis, con lo cual la fecha de nacimiento del cuarto hijo de la acaudalada pareja no coincidiría con la que señala la historia oficial).

Otra duda lógica de los capayeros: si la tradición imponía que niños se bautizaran a más tardar el segundo día de nacidos, ¿por qué Simoncito fue bautizado en Caracas el 30 de julio, seis días después del nacimiento?

Crean en Capaya que la señora María, cansada del trajín festivo, agotada por la barriga y preocupada, debió refugiarse en su hacienda, donde finalmente dio a luz. Pasado el trabajo del parto, reposó y retornó a Caracas para el bautizo de su nuevo retoño.

Matea e Hipólita no son la misma

Hay una confusión cuando se hace referencia a la nodriza que terminó de amamantar a Simoncito, debido a la tuberculosis de su madre.

Cuando nace el Padre de la Patria, Matea era una niña de apenas 10 años, mientras que Hipólita, esposa de Mateo Bolívar, siervo de la hacienda Santo Domingo, en Caucaagua, la doblaba en edad.

Por error (imaginamos), se indica que Matea es la que da pecho al recién nacido; pero la historia reseña que cuando enfermó doña María, se buscó a Hipólita, que estaba por dar a luz a su hijo Dionisio (fue



Bolívar fue amamantado por la cubana, matrona Inés Mancebo y, luego, por la Negra Hipólita.

sargento del Ejército libertador). Pero mientras ella producía leche, Bolívar fue amamantado por la matrona cubana Inés Mancebo de Mijares, amiga de la familia.

Matea era una niña que más adelante se hizo parte de la familia y ambas integraron el entorno del Libertador. Hoy, todos reposan en el Panteón Nacional.

Hijo de esclava

Otra versión sugiere que la negra (pero confunden Matea con Hipólita) tuvo un niño que lamentablemente murió. Por lo tanto, pudo libremente dar su leche al bebé acaudalado.

Y otro relato expone que Bolívar nació del vientre de Hipólita, hecho del cual se enteró el oligarca abuelo paterno, quien ordenó de inmediato buscar a su nieto y presentarlo en Caracas como hijo del matrimonio. Pero Simoncito enfermó y se hizo indispensable trasladar a la madre real, Hipólita, hasta Caracas para alimentar a su verdadero hijo.

Se dice también que la verdad fue manipulada por la oligarquía; por ello surge la pregunta: ¿acaso alguien sabía que ese chamo iba a ser tan importante para el mundo, y que el mismísimo premio Nobel de Literatura, Gabo escribiría en su nombre *El general en su laberinto*?

Dicen que incluso se amenazó de muerte a quien hurgara y pretendiera revelar versiones diferentes a las que los Bolívar y Palacios hicieron oficializar. Y que hasta el clero también metió su ponzoña y que tiempo después, aseguran los capayeros, como para que no quedaran dudas, Marcos Pérez Jiménez mandó a demoler la hacienda para borrar cualquier rastro que pudiera haber sobrevivido y estropear la historia oficial...

Lo muy cierto es que, sea en el centro o en Capaya, Bolívar nació en Caracas...

Entonces Bolívar no era estéril

Explican muchos biógrafos e historiadores, de antes y de ahora, que como gran cantidad de damas entregaron su amor a aquel apetecible héroe nacional, Libertador, unionista y Padre de la Patria, pareciera lógico pensar que Simón Bolívar tuvo muchos hijos, en vista de su posición y de la inexistente planificación familiar y control de natalidad.

Se carece de registros oficiales pero algunos cronistas aseveran que incluso llegó a tener 29 hijos en 41 mujeres.

¿Qué o cuál dama de la época no iba a querer involucrarse con tan cotizado personaje?

Estirpe libidinosa

Toda la ascendencia de Bolívar, desde bisabuelos y el propio padre, al que incluso llaman ciertos historiadores, el supermán sexual, dieron siempre constancia de su voraz apetito carnal y su desenfreno por desahogarse.

“Juan Vicente Bolívar y Ponte, hombre libidinoso, erótico de fama, que dejó regados numerosos hijos en la provincia aragüeña, (...) dueño prácticamente de todas las infantas de la región, (...) el obispo Diez Madroñero le siguió un juicio por el pecado de la carne, (...) y que por ser hombre de poder, la sentencia salió prácticamente a su favor, por-

que las pecadoras fueron las mujeres involucradas, y él devino en un santo varón”, escribió el investigador Ramón Urdaneta en su blog *Venezuela y el mundo*, publicado el 29 de octubre de 2011.

Asegura Urdaneta que hasta María Antonia y Felicia Bolívar tuvieron múltiples romances ilegales, incluso con hijos ilegítimos. ¿Una costumbre?

Dicen que uno solo... ¿pero cuál?

Sobre el tema se han tejido muchos mitos e incluso leyendas, y existen estudios (no sabemos con cuánto aval científico) que plantean la esterilidad del ideólogo de la Gran Colombia.

No obstante el propio Bolívar, quizás adelantándose a las críticas y visionario como siempre demostró ser, en Bucaramanga, el 18 de mayo de 1828, emite su célebre frase que quedó para la posteridad, dirigida a su gran amigo y edecán, el coronel Luis Perú de Lacroix: “No soy estéril y tengo pruebas de lo contrario... El Potosí tiene para mí tres recuerdos: Allí me quité el bigote, allí usé vestido de baile y allí tuve un hijo”.

En el poblado de Caiza, cerca de Potosí, Bolivia, se halló una partida de matrimonio fechada el 5 de octubre de 1895, en la que figura Simón Bolívar como padre del novio, identificado como José Costas, “hijo natural de María Joaquina Costas y del finado señor Simón Bolívar”, dice el documento.

No, perdón, fueron cuatro...

El historiador colombiano Antonio Cacia Prada inició una investigación que desemboca en que el Libertador tuvo al menos cuatro hijos, como lo publica en su obra *Los hijos secretos de Bolívar*.

Asegura el estudioso que la joven francesa Teresa Lainsney fue madre de los dos primeros hijos del Libertador: Uno sin identificar, que murió a los diez años de edad, y su hermana Flora, quien se ape-



María Joaquina es la mamá de José Costas, el primer hijo del Libertador.

llidó Tristán, porque su madre estaba casada con el coronel español Mariano Tristán, estéril comprobado, a quien Bolívar, a escondidas, se le adelantó en esos menesteres paternos.

Así las cosas, Bolívar es el abuelo legal del gran pintor Gauguin, quien es hijo de Flora Tristán.

Además, se cree que de su romance con la joven neogranadina Margarita Camacho de Benalcázar, Simón Bolívar tuvo un hijo, también sin identificar, aunque los nietos Antonio y Manuel Camacho, se denominan descendientes del insigne caraqueño, de acuerdo con lo expuesto en una carta fechada en Quito, el 11 de mayo de 1828 y que enviaron a don Rafael María de Guzmán.

El cuarto sería José Costas, a cuya madre, en pleno embarazo Bolívar le escribe: “...seguiré muy de cerca el desenlace –del embarazo–, ya que fuera de Bolívar y Ponte pondré a buen recaudo la honra de usted en cuanto a mi conducta personal...”, con lo que además muestra su responsabilidad paternal.

Una lista sin pruebas

La lista de descendientes, del cotizado padre Bolívar, se extiende, aunque sin pruebas: Miguel Simón Camacho, el sacerdote José Secundino Jácome, los franceses Simoncito Froissart y Eugenio Augusto Trobriand; el hijo de Juana Eduarda de la Cruz, la hija de Inés Berbesí, la hija de María Josefina Cuero, el hijo de apellido Vernaza, Aquilino Caicedo Arboleda; Ricardo Segovia; Engracia Salinas, Rudecindo Caicedo y Mosquera, un hijo de Paula Vallejo Guerrero, el hijo de una niña de apellido Jarrín, un varón con retardo mental hijo de Joaquina Garaicoa; Manuel Ortega, Juan Antonio Fernández, un varón hijo de la otra Antonia Fernández, un varón hijo de la dama Ayacaba, cuyos apellidos son Rodas Ayacaba; María, hija de la esposa de un militar quiteño, un varón hijo de María Magdalena Arrieta y Chatar, al año siguiente otro hijo de nombre José Manuel Perú Arrieta, una niña llamada Simona, ahijada de Alonso Vargas y Carmen Bravo, una niña de nombre Dolores Casimira, hija de Trinidad Zambrano y Natalia Bolívar.

¿Quién se quedó con el dinero para la estatua de Cenizo?

Siempre fuimos contrarios a la teoría de la culpabilidad, porque nos importa más la solución que el problema. Pero toda regla tiene su excepción: ¿Alguien sabe por qué Cenizo no tiene su estatua? Se hizo una colecta pública para honrar a este edecán canino del Libertador con una efigie animalésca, pero nadie sabe ni nadie dice qué pasó con esa recaudación. Y para evitar problemas, solo presentaremos al curioso personaje de la fauna capitalina y de nuestra historia de inicios del siglo XX.

¿Quién fue Cenizo?

Seguramente muchos ya lo sepan. Otros se enterarán porque vale la pena reordenar ideas, crónicas e investigaciones en torno a la figura y particularidades de este singular perro –Juan era su nombre original, dizque por Gómez, el mandatario de esos días–. A diario iba a la Plaza Bolívar junto a su dueño, quien al fallecer dejó al cuadrúpedo desamparado.

Aun así, Cenizo siguió su tradición de acudir al céntrico lugar con el infaltable ritual de reverenciar a las 12 en punto la estatua ecuestre del Libertador.

Erguido, levantaba su mirada –para saludar a su amigo Palomo, la monta de Bolívar o para imaginarse como el mucuchíes Nevado, el

fiel perro del Libertador. Pasados dos o tres minutos, a ritmo marcial y con profundo respeto daba media vuelta y se echaba en los jardines adyacentes porque a esa hora el brillante granito del piso echaba chispas por el calor del mediodía.

Al refrescar la tarde, evadía a curiosos que se acercaban a observarlo, y se echaba junto al pedestal del monumento del Padre de la Patria. Lo cuidaba celosamente para evitar que otros de su especie marcasen terreno en el sitio.

Cenizo no toleraba a personas de mal aspecto ni con bolsas y arrebiates de compras. Su fiera defensa de lo que representa la popular estatua de Bolívar solo daba acceso a algunos limpiabotas con los que se familiarizó, y con algunos ciudadanos que lo alimentaban y lo refrescaban con agua y otros líquidos, lo cual aumentó su fama.

Era un perro cacri, que desde su aparición en 1918 hasta su muy sentida muerte el 29 de agosto de 1927, se convirtió en uno de los más insignes edecanes del Libertador que la historia haya registrado y que inspiró a músicos y escritores del mundo.

Una madrugada la escritora española María Álvarez de Burgos pasó frente a la estatua de Bolívar y escribió: “No hay más de dos personas: Cenizo y yo”.

Vicios del vigilante

Cenizo, al principio rechazado por su mal carácter y grisáceo pelaje – además de ciertos hedores que luego amainaron –, fue pieza fundamental para los placeros, quienes pasaban más tiempo alrededor de Bolívar y su estatua que en sus hogares.

En vano muchos trataron de ahuyentarlo a punta de palos. Pero Cenizo cada vez estuvo más apegado al lugar.

La prensa reseñó excentricidades del malamañoso can, que además de defender al Libertador, estaba cebado porque los clientes de un local cercano lo alimentaban y hasta le brindaban sus cervecitas.



El dibujo es una reproducción de una vieja y deteriorada foto, donde aparece "Cenizo" luciendo un lujoso collar obsequio de unos amigos. (Cortesía de Matías Allaro).

“Le gustaban tanto al beodo can, las birras...”

Sí, así como lo leyó. Cenizo, religiosamente, a las 11 de cada mañana –una hora antes de su ritual frente a Bolívar– seguía un guión escrito por nadie y protagonizado por él mismo. Ya había mejorado su aspecto y carácter. Tenía libre acceso a la famosa Cervecería Donzella, donde se permitía que los comensales le dieran sobras y bajaba los tarugos con cerveza.

Cenizo iba de mesa en mesa. Saludaba con su pata derecha posada en la pierna de algún cliente que le correspondía con cariños y raciones sólidas y líquidas.

Eso era de Principal a Conde, por allí funciona hoy La Indiecita. La Donzella –testigo del desarrollo de la cultura ética caraqueña–, sustituyó a la desaparecida y no menos famosa Strich. Sus clientes, poetas, políticos,

dramaturgos, intelectuales y el vulgo, todos por complacer a Cenizo, le brindaban su copa cervecera llamada Pumpás –en alusión al sombrero de copa–, la pequeña camarita o una lisa, según el bolsillo de cada quien.

Eso sí, a las 12 en punto Cenizo parecía un húsar canino. Luego dormía una siesta y por la tarde regresaba al pecaminoso abrevadero.

Le gustaban tanto al beodo can las birras –frías como trasero de foca– que tomaba indeteniblemente hasta embriagarse.

Algunos placeros –sus concañeros edecanes– le daban una dosis mañanera para la resaca.

Se llegó a decir que Cenizo feneció curdo. “Murió feliz de una rasca y sus demonios. Dios lo guarde en su gloria”.

Digna sepultura...

Aseguran que luego de cierta agonía etílica estiró sus patas el popular Cenizo. Conmoción pública. El Aseo Urbano llevó su cuerpo al crematorio de Los Chaguaramos, pero llegó una turba de intelectuales y gente de todo nivel, amigos del perro, liderados por gente del Club Paraíso para reclamar los perrunos restos. Le hicieron una urna de metal y le dieron cristiana sepultura en un jardín de la plaza Bolívar.

Las primeras páginas de los diarios reseñaron la trágica pérdida. La gente, faramallera –o no– empezó a llevarle flores y a rezarle. Aseguraban ver su fantasma y oír sus ladridos, mientras otros ingerían lo que ahora no podía Cenizo.

Tan célebre fue este exótico perro que la revista *Biliken*, de Lucas Manzano, propuso levantarle una estatua; idea criticada por algunos, pero respaldada por las mayorías.

Se hizo la “vaca” pero el dinero desapareció al igual que el collar de oro que le regaló un excéntrico literato.

Para Aquiles Nazoa, Cenizo fue un “ángel tutelar de la generación del veinte y trasnochado huésped de la plaza Bolívar a la vera de cuyos rosales amaneció plácidamente muerto...”.

De médicos

¿Hay momias *made in* Galipán?

Mientras en el mundo, en Venezuela y en La Guaira aún pasaban los efectos de la celebración de inicio de año, el 2 de enero de 1901, en la hacienda Buena Vista, del sector El Palmar, del Picacho de Galipán, se esperaba el último suspiro de quien, a los 88 años de edad, ordenó que le inyectasen en la yugular su brebaje mágico para ingresar oficialmente momificado al mausoleo que previamente había planificado.

Era el doctor Gottfried August Knoch, médico alemán radicado en La Guaira, inventor de un líquido embalsamador a base de cloruro de aluminio, que garantizaba la conservación de los cuerpos sin necesidad de extraerles los órganos.

Aquello resultaba algo totalmente disonante y aparentemente escabroso, en el umbral del siglo XX, cuando eso de momias parecía solo posible en la historia de los egipcios y de otras civilizaciones milenarias.

Un poco de historia

El inventor teutón, nacido en Halberstadt, en el Reino de Westfalia, el 17 de marzo de 1813 recibió su título de médico al aprobar una tesis sobre la leche de la mujer, lo que indicaba, a priori, su afinidad por tan específicos fluidos.

Sabía acerca del paradisíaco clima de dos estaciones de este lado del mundo y se vino a Venezuela. Llegó directamente a La Guaira, donde, de manera altruista, apuesta a sus conocimientos para combatir efectivamente al arrasador cólera.

Entre 1854 y 1856 refunda el hospital San Juan de Dios. Ya instalado de manera más formal y con el título revalidado por la Universidad Central de Venezuela, durante la presidencia del notable Carlos Soublette, Knoch se muda a Galipán, como ya había planificado.

Trae a su esposa y con ella llegan las jóvenes Josephine y Amalie Weissmann, quienes, a la postre, resultaron ser enfermera y asistente.

Knoch se aprovechó de su posición en el hospital para experimentar con la gran cantidad de cadáveres no reclamados durante la Guerra Federal.

A lomo de caballo eran transportados aquellos soldados (en su mayoría) con los que experimentó para perfeccionar su fórmula secreta y luchar obsesivamente contra la putrefacción de la carne muerta, lo cual logró con éxito.

Momias famosas

Su fama comenzó a rodar y, aunque el objetivo de Knoch (muy claro según se ve un poco más adelante), era dejar, como legado y prueba de su adelanto científico, el mausoleo familiar, accedió a las extravagantes peticiones de algunos notables.

El primero de los famosos momificados fue el influyente letrado Tomás Lander, cuyos familiares, enterados de los efectos del suero momificador, contrataron sus servicios para que le diera al fundador del periódico *El Venezolano*, apariencia de vida eterna, lo cual logró Knoch, según versiones de varios cronistas.

El cuerpo momificado, elegantemente vestido y reavivado con ciertos efectos especiales de algún tipo de maquillaje, permaneció sentado durante 40 años frente a su casa, para atestiguar cómo el



Gente de a pie iba a admirar el arte del embalsamamiento.

tiempo consumía todo a su alrededor menos a él... hasta que Guzmán Blanco ordenó el entierro de esa momia.

Igualmente momificado resultó el cadáver del expresidente de la República, Francisco Linares Alcántara. Y cuentan que Knoch momificó a gran cantidad de sus perros, los cuales permanecieron en una suerte de corte guardiana de aquel extraño y misterioso mausoleo.

El mausoleo familiar

Su esposa no fue momificada porque la incompreensión hacia su amado la hizo retornar a Europa. Por el contrario, su hija Anna, casada con Heinrich Müller, se vuelven las primeras momias del mausoleo. Otro momificado fue Wilhelm, hermano de Knoch.

Por su parte, la enfermera Amalie Weismann, encargada de inyectar al propio Knoch, debía cumplir el último deseo: procurar su pro-

pia momificación con aquella dosis que le dejó preparada su jefe 20 años antes. Así, corrían los días de 1921 y la enfermera acude al consul Julius Lesse, para aseverar que ella deseaba ser cremada; no obstante, dice la leyenda que el consul, acompañado por Carlos Enrique Reverón, subieron a Bella Vista, le inyectaron el líquido mágico, cerraron la puerta del mausoleo y lanzaron las llaves al fondo del mar.

Qué queda de Knoch

Quizás, por escabroso que pudiera resultar el tema o por el abandono de la clase política (por motivos desconocidos históricamente), se permitió que el patrimonio y los testimonios del acervo (ya vuelto Museo Knoch) se pierdan entre desidia y manos criminales. Eso sucedió con Knoch y su legado.

En vano la Fundación Knoch organizó paseos informativos con los grupos Geamir, Fundhea y Una Montaña de Gente, para sembrar conciencia.

Aseguran algunos curadores y rescatistas de tradiciones que, luego de intentos fallidos por recuperar en su totalidad el patrimonio, desde lo arquitectónico hasta lo científico, dejado por el sabio alemán, más pudo la mano de los “buscadores de entierros”, quienes creían que el embalsamador guardaba allí las supuestas riquezas obtenidas con la atractiva poción. Por eso desolaron el lugar, del cual solo quedan ruinas “inmomificables”, de ese pasado reciente que nos equiparó con Tutmosis o Amon Ra, en aras de eternizar esos momentos de nuestra diversa y rica historia.

Médicos de Caracas: eternos luchadores

El 30 de diciembre de 1918, Juan Vicente Gómez pretende, vía Decreto, poner fin a la mal llamada gripe española, que no acata mandatos y arrasa con la salud y la vida de quienes violan las normas de bioseguridad, que como hoy, un siglo después, se circunscriben al distanciamiento social y el aseo personal por recomendación de los médicos caraqueños.

Se registra la historia de la salud a través de publicaciones científicas y se estima que, hasta diciembre del año siguiente del funesto Decreto fenecen más de 23 mil personas en una población que asciende a 2 millones 362 mil 977, es decir casi el 1% del total.

Por fortuna, comprobado está, esas enfermedades así como llegan se van. Causan desasosiego, dejan huellas, pero no han sido ni son el fin. Son retos cada vez más exigentes para la ciencia y la medicina, que a pesar de las víctimas, van ganando la pelea.

Son los especialistas quienes generan soluciones, unas más lentas, otras más efectivas, pero así es la historia de ayer y de hoy, según la orientación de las autoridades bajo los protocolos internacionales para combatir enfermedades y su propagación.

Así se superaron cólera, viruela, peste bubónica, gripe española, tuberculosis, paludismo, dengue, influenza, AH1N1 y ahora, en dura batalla contra el covid-19, que a pesar de desactivarse con espuma de jabón y alcohol (base del aseo personal constante), por su capacidad de propa-

gación carga al mundo de cabeza (sobre todo a las grandes potencias) tras la vacuna que tiene sus simpatizantes pero también sus adversarios.

A ritmo muy lento los esfuerzos mundiales por combatir esos y otros males se vieron coronados con la creación de la Organización Panamericana de la Salud, en Chicago en 1902, cinco años más tarde la Oficina Internacional de Higiene Pública, en París. En 1919 la Oficina Contra las Epidemias. Y no es sino hasta 1946, un año después de la ONU, que nace la Organización Mundial para la Salud. Seis años más tarde ve luz la Red Mundial de Vigilancia de la Gripe, paralelamente con el Instituto Nacional de Higiene de Caracas, aliado del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, activo desde 1936.

Comisiones de salud

Así como hoy existe la Comisión Presidencial para la lucha contra el coronavirus, con el antecedente de la Comisión de Vacunación contra la viruela en el siglo XVIII, se crea la Junta de Socorro, en 1918, para luchar contra la mal llamada gripe española.

Gómez mantuvo los históricos privilegios de la Santa Iglesia Católica por lo que el arzobispo Felipe Rincón González presidía aquel conglomerado de notables antigripales, en el que además estaban el presbítero Rafal Lovera y Santiago Vegas, encargados de los asuntos mortuorios. Junto a ellos, los médicos Luis Razetti, Rafael Requena y Francisco Rísquez como responsables de los hospitales y atención a los contagiados. Luis Alvarado, en Protocolo de Desinfección –a base de creolina. José Herrera y Héctor Pérez, tesoreros y encargados de los víveres, mientras que Pedro Pérez se ocupó de las medicinas, bajo la asesoría de Vicente Lecuna.

Los avances están hoy plasmados en las páginas de *La Epidemia Febril de Caracas*, *La Gaceta Médica de Caracas* (editada por la Academia Nacional de Medicina) y, de periodicidad trimestral, en los *Anales* de la Dirección de Sanidad Nacional.



Los médicos caraqueños de entonces enfrentaron la mal llamada gripe española.

En esos días había unos mil médicos activos, o sea uno por cada 25 mil habitantes (y casi todos en Caracas), lo que complicaba el asunto sobre todo hacia el interior del país. Por ello, en Maracaibo crearon la Liga Sanitaria. Quemaban cadáveres y sus mortajas con la fe de que así se alejaría el mal. Las empresas petroleras donaban combustibles derivados del oro negro para acciones crematorias. Algo similar sucedía en Puerto Cabello y otras zonas de respetable densidad poblacional.

En Caracas escaseó la madera para las urnas. Hubo contrataciones extras de sepultureros y sociedades entre la Policía, la Comisión de Salud y la Funeraria La Equitativa, para encargarse de los destinos finales de los desafortunados. Fueron comunes los entierros comunes en fosas comunes. Así nació la Peste Vieja en el cementerio del Sur, que a partir del Caracazo de 1989 se llama La Peste.

Aportes capitalinos

Caracas siempre aportó sus médicos contra esas fatales enfermedades. En aquellos días de brotes de viruela en 1724 ejercían solo dos galenos registrados oficialmente por el Cabildo capitalino. El irlandés don Esteban Maldonado, quien acusado de causa criminal por prestar servicios a todo el que necesitara sin distingos, fue confinado en el Seminario de la ciudad, de donde escapó sin dejar rastros. El otro fue el francés, registrado como médico caraqueño, don Nicolás Mac Donald Fachón, quien se retiró de viejo. Ambos prestaron sus servicios de manera efectiva contra aquellos males.

Setenta años entra en escena Joseph Roys Carvallo, quien pagó prisión injustificadamente debido a la envidia de algunos colegas cirujanos, pero se impuso el sentido común y siguió ejerciendo cabalmente en aquella ciudad en crecimiento.

Razetti son miles

Luis Razetti, padre de la Medicina moderna en Venezuela, sanitarista y epidemiólogo, puso fin a una estéril polémica entre sus colegas que creían que el mal era una bacteria. Él enfatizó que se trataba del virus de la gripe, y proyectó un contagio en Caracas del 75%.

“La experiencia ha demostrado que la profilaxia colectiva (...) es imposible”, advirtió en referencia a la gripe, y agregó: “El papel del higienista se limita a aconsejar la profilaxia individual, cuya expresión más cabal es el aislamiento, porque el contagio es siempre interhumano” y sabía, que al igual que ahora, es “casi imposible en la práctica”.

No bastarán esfuerzos oficiales ni riesgos de los médicos ni enfermeras si no hay conciencia social e individual. Vaya el reconocimiento y los mejores deseos a Irlax Romero y Alfredo Saldeño, dos ángeles de bata blanca y estetoscopio, que como miles andan en lucha, regalando vida y esperanza.

Guarapito, un gocho avispa que casi llega a rector de la UCV

Qué “pelao” ha vivido el caraqueño común en su burla cotidiana contra la gente del interior, especialmente llaneros y gochos, quienes en su afán por uniformes e instancias de poder han escalado exitosamente máximas altitudes políticas y se han adentrado en intrincadas latitudes de fama, como veremos...

Un charlatán yerbatero de finales del siglo XVIII, en esa aún semi-rural Venezuela, cual encantador de serpientes sedujo al matrimonio presidencial y logró ascender en su estatus social con inimaginables cuotas de mando. Dirigió el Hospital de Lázaros de Caracas y el Manicomio de Los Teques y casi trepa a la rectoría de la "Casa que vence las sombras"...

Se trata del gochísimo Telmo Romero, un personaje que se presume nació en Táchira por los días de 1846 –vivió poco, hasta 1887–. De manera determinante influyó en el "Taita" Joaquín Crespo –ara-güeño criado en los llanos de Guárico– y su mujer, la llanera Misia Jacinta, quienes desesperados le confiaron la quebrantada salud de su hijo y al comprobar mejoras quedaron flechados por aquel Rasputín criollo. (Recuérdese que el sabihondo europeo trató a Alexéi, el hemofílico hijo del zar Nicolás de Rusia).

Apariencias

El siempre bien trajeado curandero Telmo Romero, impresionaba, no solo con su hábil verbo –escribió el libro referencia de la Medicina del momento: *El Bien General: Colección de Secretos Indígenas y Otros, que por Medio de la Práctica Han Sido Descubiertos*–, sino que con sus aromáticos brebajes, su engominado cabello, su bien moldeado bigote y barba, y sus brillantes leontinas completaban el ornato de su excelsa pinta, para sumar puntos ante la rampante ignorancia...

“Negociante de ganado, buen jinete y coleador, de alguna chispa y mucha audacia, a quien por su afición a recetar menjunjes lo llamaban Guarapito”, escribió el historiador y expresidente, Ramón J. Velásquez acerca de su paisano, quien pasó parte de su juventud en la misteriosa Guajira, donde aprendió los secretos de las yerbas y sus poderes curativos, por lo que a su retorno a San Cristóbal, en 1883, publicó el polémico texto, con cuyas dos reediciones –una suerte de bestseller–, conquistó la fama, no obstante la comprobada calidad de médicos criollos. Como ganadero pidió audiencia al Gobierno para pedir rebajas de los abusivos impuestos. Momento que no desaprovechó al hallar la oportunidad de oro en la frágil salud del retoño presidencial.

Pura paja

Desde entonces estuvo apadrinado por Crespo y su todopoderosa mujer. Un “enchufao”, que logró la aprobación y aplicación de métodos aberrantes como la trepidación craneal a manera de “calmar los calores de arriba que podían causar estragos abajo”. Abrían el cráneo para enfriarlo con agua y así bajar las ansiedades. Pero culpable no es el mono sino quien le da la hojilla: el papá de Crespo, don Leandro, fue brujo reconocido y la historia de venezolanismos le achaca la frase: “la tacamahaca de Ño Leandro”, en referencia a las olorosas póci-mas vegetales que usaba el milenario curioso.



Un personaje que tenía mucho poder.

Según el historiador Elías Pino Iturrieta, el "Taita" Crespo, además de pedir consejos al brujo para gobernar, quedó impresionado ante el diagnóstico colectivo por la gran cantidad de pacientes psiquiátricos. "Excesiva masturbación". Coño. "Hay que podar la paja", dicen que dijo el "Taita" ante el hallazgo del consejero. Posteriormente le autorizó no solo la instalación de su Botica Indiana, en el centro caraqueño, además "sería el fabricante y proveedor exclusivo de los remedios del hospital y quedaba facultado para poner en marcha las modificaciones que considerara convenientes para lograr pleno éxito en sus funciones", dice el cronista de Los Teques, Ildefonso Leal.

Curaría males como reumatismo, insomnio, algunos tumores, vómitos de sangre, diarreas crónicas, asma, problemas de la vejiga, almo-

rranas e incluso teñiría el cabello y aplicaría emplastes antiarrugas (...) tratamientos contenidos en su obra, cuya trascendencia y aplicabilidad le valió en 1885 la Medalla de la Instrucción Pública, además de muchos billetes y morocotas provenientes de arcas públicas y privadas.

Pero la avaricia rompió la busaca cuando pretendieron imponer al singular chamán como rector de la UCV: los estudiantes apedrearon hasta su desaparición el expendio de pócimas e hicieron una fogata al pie de la imagen de José María Vargas –el 10 de marzo de 1886, en el centenario del ilustre médico y primer presidente venezolano– con los ejemplares/recetario que atribuía las deficiencias a los altos niveles de testosterona liberados por autocomplacencia...

Aseveran los críticos que un cuadro o una escultura adquiere más fama cuando es robada, una canción o un libro logran popularidad cuando son prohibidos... el de Romero fue incinerado.

Desquiciado parte médico

“Caracas, 8 de agosto de 1884. Resuelto: El ciudadano Telmo A. Romero, con quien el Gobierno del Distrito ha contratado la curación de los enajenados ... reclusos en el Asilo de Los Teques y el Lazareto de esta ciudad, ha presentado ... a ... Emilio Montilla T., Santiago Larrain, Saturnino Girón, Avelino Trujillo y Felícita Delgado, como curados radicalmente de la enajenación mental que sufrían y sometidos ... al examen de los ... doctores Manuel María Ponte y Alejandro Frías, ... han informado que ... se hallan en el completo uso de sus facultades, por tanto este Gobierno ... acepta como curados radicalmente a las personas arriba mencionadas ... ordenará la baja de ellos en el Asilo de Los Teques. Comuníquese y publíquese...”

Esta ordenanza refleja el poder de tan curioso personaje. Por cierto, Manuel María Ponte sería el sustituido por Romero en la rectoría de la UCV. ¿Locura, avaricia o traición política?

Ricardo Carvajal entonó a toda Caracas con su "Médico Asesino"

Afortunado todo aquel que por andar o criarse, convivir, visitar y beber en Catia, entre los años 50 y 80, porque seguramente más de una vez probó recetas del famoso "Médico Asesino" quien, a pesar de su estrambótico nombre, no tiene prontuario ni decesos adjudicados al consumo de sus famosas bebidas.

Por el contrario, ese divino brebaje que vendían en un pequeño bar de la parte sur de la calle Colombia, sirvió para aderezar y amenizar reuniones, velorios y fiestas en toda Caracas.

A muy bajo costo se adquirían las botellas contentivas del elixir, que tenía su base en caña clara, diversidad de frutas tropicales, pero individualizadas y, por supuesto, el toque mágico de su creador, Don Ricardo Carvajal, quien con excepcional amabilidad atendía el negocio con algunos de sus hijos.

Según el curdópata obsesivo, Julio Barazarte, los afanosos bebedores llegaban a cualquier hora, incluso desde Guarenas y Guatire, a buscar su guarapita. Y eso que no había metro. Dicen que hasta Daniel Santos, Julio Jaramillo, Bobby Capó y Rolando Laserie se embriagaban en el sitio.

Las guarapas más vendidas eran parchita, guanábana y la piñita; con suerte conseguías melón y guayabita. Mientras la sacaban bien fría (ideal para el consumo inmediato), se podía leer en una pared del pequeño local: “Si tomas para olvidar, no te olvides de pagar”.

¿Por qué "Médico Asesino"?

A primera vista pudiera pensarse que la etimología de tan famoso producto se debía a que era expendido en botellas reutilizadas de caña blanca, sin etiqueta ni control de calidad, más que la confianza en el hacedor que, de paso, las entregaba envueltas en periódico viejo, como para esconder el estimulante contenido. ¡Como si nadie supiera!

Pero no era así. A manera de confesión, sus efectos colaterales no aporreaban tanto; es más, casi nada, en comparación con algunas alternativas como el Garlín, la Canelita o el vino Pasita, que de paso, allí no se expendían.

El nombre se debe a la afición de Don Ricardo por la lucha libre, deporte en el cual su favorito era apodado "El Médico Asesino" y así bautizaron la bebida.

Al respecto, José Prada, un posible adicto a la guarapita y sus efectos, ratifica la versión y agrega que ese luchador, nacido en México en 1920, “llamado Cesáreo Anselmo Manríquez González, debutó como El Médico Asesino, el 8 de febrero de 1952”, y asegura que fue de los mejores pesos completos.

Según otro erudito en las andanzas de Baco, Miro Popic, autor de *¡Estas y otras historias en Venezuela on the rocks!*, la gente se reunía en el bar (a beber) y a ver por TV la lucha libre, donde destacaba el mexicano El Médico Asesino, “y gracias a la euforia del alcohol, la guarapita se hizo famosa, a la que todo el mundo asoció y bautizó como la receta del Médico Asesino”.



Ricardo Carvajal fue el químico productor de las famosas guarapitas.

Bar Orinoco, un bar que se negó a morir...

Excelentes explicaciones, pero ambos investigadores, quizás bajo el influjo disociativo de alguna poción mágica, le cambiaron el nombre al bar de Carvajal. Casi aciertan, desde el punto de vista geográfico, así serían esas peas: escribieron Canaima, pero el nombre real es Bar Orinoco, frente a Chocolates La India, más arribita del hospital materno infantil Elías Toro (alias Puericultura), más abajito de Leche Silsa.

La variedad (como el gusto del mercado cautivo, que no sabía de edades) más la creativa jocosidad del nativo de Upata, le dieron vida a otras bebidas como: Rompeculo o Zamurito, mezcla de brandy, vino y jugo de ciruelas, famoso afrodisíaco. ¡Ay, mamá!

Bastante entrado en edad, Don Ricardo, el químico de la curda, nos abandonó y se llevó su secreto, porque sus hijos siguieron expendiendo,

pero ya no era lo mismo. Luego el alcalde Claudio Fermín, quizás en venganza por una pea juvenil, bajó la santamaría de tan histórico bar. Así murió El Médico Asesino. Ahora, el local funge como venta de repuestos.

No obstante, los aventureros Roberto Ammirata y Nadim Dao, a finales de los 90, patentaron Doctor Killer, médico asesino en inglés, pero fracasaron en español.

El Loco Piñita

La gente pensaba que a Piñita, el loco de La Fundación (el muy amigable pana que tocaba cuatro y cantaba y bailaba como nadie), le decían así como diminutivo del apellido del cuñado quien, en sus días de cordura, le dio pan y posada.

“Usted, usted, usted la mandó a poner” y, de madrugada, Piñita, entonando sus melodías, no se iba pal' Yopo, sino pal' Bar Orinoco.

Ya saben a qué...

De fe

Fe por el Nazareno a todo riesgo

Mientras en Bolivia la Revolución Nacional amaneció de golpe, acá en Caracas bomberos, policías, rescatistas, médicos y personal de salud, exangües, atestiguaban el colapso de sus servicios. Pero no por coronavirus. Ese bicho ni existía.

Eso ocurrió, así en paralelo, la madrugada del 9 de abril de 1952, cuando una desesperada voz de —¡fuego, fuego!, generó pánico, confusión y una mortal estampida humana en la iglesia de Santa Teresa aquel Miércoles Santo, cuando la feligresía se alistaba a presenciar la eucaristía que oficiaría el párroco Hortensio Carrillo en honor a la milagrosa deidad de la compasión y la salud, el Nazareno de San Pablo.

Gente de todo el país —y también de afuera— se agolpaba en torno a aquel templo erigido en 1881, según diseño del arquitecto criollo Juan Hurtado Manrique, por órdenes del presidente Antonio Guzmán Blanco, quien lo bautizó inicialmente como Santa Ana, primer nombre de su esposa y de la capilla de la fachada oeste del templo. Y seis años más tarde cambió a Santa Teresa, el segundo nombre de la primera dama y de la otra capilla interna de la icónica infraestructura.

La imagen del Nazareno, llegada de España fue consagrada el 4 de julio de 1674 por fray González Acuña. Comenzó a ser venerada en la

iglesia de San Pablo Ermitaño –de allí el nombre de San Pablo–, templo demolido y sustituido 200 años más tarde, por órdenes del Ilustre Americano, por lo que hoy es el Teatro Municipal, llamado inicialmente Teatro Guzmán Blanco, bajo los diseños arquitectónicos de Esteban Aricar (francés) y el nativo Jesús Muñoz Tébar.

Todo gira en torno a la escultura hecha en madera de pino silvestre, en Sevilla, durante el siglo XVII, por el artista Felipe de Ribas, alabado por el propio Nazareno cuando le preguntó: “¿Dónde me has visto que me hiciste tan perfecto?”. Una versión venezolana atribuye la obra y la leyenda al tallador Joseph Cristian Molinero, quien cayera muerto ante el reconocimiento que le dispensara por la perfecta creación la milagrosa imagen, que según la tradición, al redimir cada pecado de su feligresía se encorva y oscurece más.

Debido a la epidemia de vómito negro de 1696, que no había podido aplacar la patrona Santa Rosalía de Palermo, el gobernador de aquella Caracas, Francisco Berroterán, ordena la procesión del Cristo moreno.

Así de inveterado resulta la génesis de esa tradición que el genio de Andrés Eloy Blanco nos brinda siglos más tarde en El Limonero de Miracielos. Por cierto, hay diversas versiones. La más difundida se circunscribe al siglo XVII, cuando en plena procesión el Nazareno se enreda con un racimo del árbol en la céntrica esquina caraqueña. A su paso cayeron limones santificados, creían. Basados en la fe algunos ligaron el zumo con las claras aguas de la quebrada Catuche. Los más osados pusieron fin a la epidemia al ingerir sin ligaduras el bendito y “ácido licor”, como lo describe el poeta cumanés.

Clero y política: peligrosa combinación

La tragedia de 1952 fue atribuida, sin prueba alguna, a un atentado gestado desde el extranjero con actores internos, según afirmó el ileso padre Carrillo. Declaración acomodaticia similar a la de la Seguridad Nacional, que relacionó el hecho con un magnicidio contra



Por segundo año consecutivo el fervor debió respetar normas de seguridad.

el ministro de Defensa, Marcos Pérez Jiménez, quien calentaba motores para pronto adueñarse del coroto que en esos días ostentaba, como líder de la Junta de Gobierno, Germán Suárez Flamerich.

Fueron incriminados “los adecos Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevalli y sus aliados comunistas”. Temeraria declaración apoyada por el gobernador Guillermo Pacanins.

Se decretaron tres días de duelo nacional.

Nadie sabe cómo el cura Carrillo osó ligar la sangrienta tragedia de Santa Teresa con El Bogotazo –ocurrido cuatro años antes–, donde asesinaron al líder del Partido Liberal colombiano, Jorge Eliécer Gaitán...

¿Qué pasó?

Aquella madrugada la fe caraqueña abarrotó los espacios dentro y fuera del templo. Bachaqueros de entonces comerciaban velones,

imágenes, estampas y sahumerios. Los grandes y pesados portones de madera colonial abrieron puntual a las 2. Adelantaban preparativos para la misa de las 5 de la mañana en una jornada que se extendería hasta entrada la noche con otras misas y la tradicional procesión... Dicen que a las 4:45 el manto de una rezandera al pasar cerca de un velón encendido agarró fuego que menguó de inmediato. Pero la llamada, por tenue que pareciera, generó el dantesco embrollo.

“Crearon caos para robar el anillo de oro de la Virgen de Coromoto”, dijo alguien. No había cómo escapar. Saldo: 22 damas, 24 niños y cuatro hombres envueltos en reverencial púrpura cayeron ante la fuerza de la turba atemorizada que además dejó 115 heridos.

Inútiles esfuerzos pretendieron retomar el orden, salvo la acción de un monaguillo no identificado –reseñó *La Nación*– que rescató a siete niños resignados a un destino fatal.

Medio siglo antes, el 26 de marzo de 1902, en el mismo sitio, una voz agorera gritó “terremoto”. El terror cobró las vidas de dos damas y 30 heridos.

Caracas, la mítica, recrea no solo en Santa Teresa sino en el Puesto de Socorro, donde atendieron a las víctimas de entonces –actual sede del Ministerio de Educación–, espectros fantasmales cuyos lamentos son cónsonos con los reclamos de mejoras salariales para los maestros. Con la de 2021 van dos Semanas Santas consecutivas en confinamiento, aunque no faltó quien violara protocolos de bioseguridad, a todo riesgo, para honrar de cerca al Nazareno, cuya tarea será oírlos y desterrar al covid...

María Lionza hazme un milagrito: llévate al covid (II)

La estatua original de María Lionza, ya restaurada, aguarda en unos talleres internos de la UCV, quién sabe qué decisión para su reubicación, donde el pueblo acudiría a pedirle urgentemente que se lleve al covid-19 y muchas cosas más. Mientras, hay que ir a la Autopista del Este.

Por un protocolo de preservación similar al de ciudades como París, con más experiencia y registro estatuario urbano que Caracas, la obra se mantiene en resguardo.

“Su devolución a la autopista será exponerla de nuevo a más deterioros y es un riesgo, lo ideal sería trasladarla a un museo o un espacio público más protegido como una plaza o bulevar”, propone Martín Padrón, miembro del equipo que coordinó la restauración iniciada en 2004, con el auspicio del entonces alcalde mayor, Juan Barreto.

Alejandro Colina, quien la hizo basado en los estudios del etnógrafo de los aborígenes, Gilberto Antolínez (La Diosa de la Danta, 1939), jamás sospechó la fama y polifuncionalidad que adquiriría la indómita india a lomos de la robusta fiera. Pasó de la pureza del deporte (creada como pebetero de los III Juegos Bolivarianos de Caracas 1951), a símbolo de adoración.

Nadie pudo haber imaginado que a estas alturas del siglo XXI, un virus que cede ante 30 segundos de jabón en las manos, obligaría a recurrir a la deidad yaracuyana, reforzada ahora por el tardíamente beatificado José Gregorio Hernández, y por San Juan y sus tambores, para amalgamar la etnomedicina, la alopatía y la nosología en aras de desactivar al enemigo y erradicar los miedos que azotan la contemporaneidad debido al desenfrenado aumento de casos positivos por covid-19.

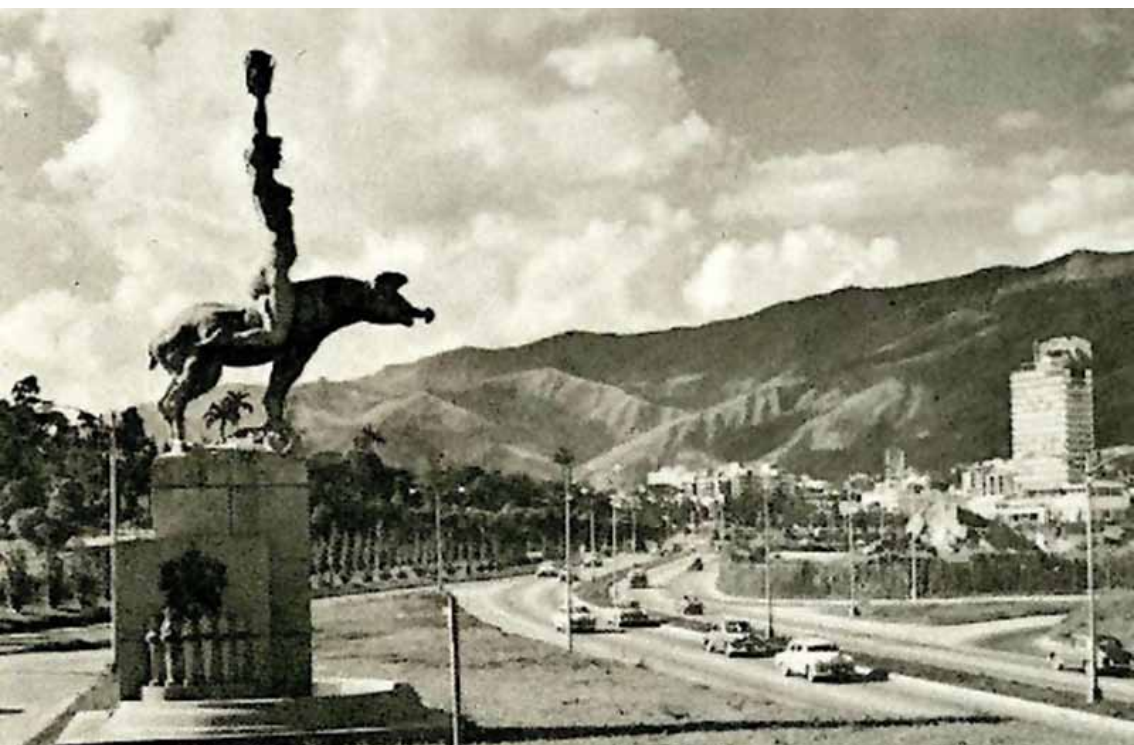
Las réplicas de la Autopista del Este (y de Yaracuy), tienen sello suma cum laude: facturadas por el recientemente fallecido estatuario venezolano, Silvestre Chacón, formado en Florencia, Italia. Esculpidas con fibra de vidrio, reforzada con moldes flexibles de la original, basados en estudios fotogramétricos realizados por la Universidad de los Andes. El acabado, similar a la original, es con polvo de vidrio.

¿Por qué ella?

En vista de que nadie ha dado en el clavo para lograr la ansiada normalización cada quien recurre a su batería de fuerzas extraterrenales. Allí María Lionza, con su belleza y con su bondad, es la que manda. Lidera la tríada de la creencia nacional: Las 3 Potencias que conforma junto a Guaicaipuro y Negro Primero, solo superadas por la Santísima Trinidad y la Virgen María. Es decir, el alto mando.

Dicen que el cacique caquetío Yaracuy fue padre de una preciosa niña de hipnotizantes ojos verde agua. Con su belleza despertaba deseos terrenales. Por ello (como el mundo actual), fue condenada a confinamiento y protegida por 21 guerreros, que fueron dormidos con el vaho del dios Anaconda, quien raptó a la bella princesa Yara. La ira generó respuesta en toda la naturaleza y los espíritus unidos exterminaron al raptor. La princesa pasó a ser Diosa y desde entonces es venerada.

Por el sincretismo religioso, consecuencia de la época de la Colonia, el catolicismo identifica a la deidad con Nuestra Señora de la



La primera imagen de la Reina y Madre espiritual criolla.

Onza del Prado de Talavera de Nívar (Nirgua y zonas aledañas). El tiempo y la tradición oral redujeron el nombre a María de La Onza y después a María Lionza.

Onza, se refiere a un puma criollo o un jaguar, que era la montura original de la bella aborigen, que luego lo sustituye por el tapir macho, por su imponente figura.

Algunos aseguran que la leyenda involucra a una encomendera española radicada en Chivacoa, llamada María Alonso, que era acaudalada y poseedora de muchas onzas de oro, y de allí el nombre. Otras versiones indican que María Alonso (ya deformado el apellido original) era una prestamista que cobraba intereses representados en

unas cuantas onzas demás. Hasta dicen que la dama de belleza incomparable, carácter de mando, larga cabellera y ojos embrujadores fue una rica hacendada de Barquisimeto, adorada por la bondad con que trataba a sus peones.

Existe un patrimonio material y espiritual que expresa el proceso de transformaciones religiosas criollas y tiene indeleble huella humana en comunión con lo inmaterial. Su religiosidad que representa la conciencia colectiva, expresada a diario (con mayor evidencia todos los 12 de octubre) se complementa con la escultura de Colina y con la fusión del cerro María Lionza y la serranía de Sorte, que desde 1993, según Decreto 2338, pasa a ser Monumento Natural Cerro María Lionza.

“Un ramueflores le vuallevar”

El culto a la Reina de Sorte va más allá de un altar, una estatua, un tabaco y una vela... está plasmado en kilómetros por columna bañados con tinta creadora: la canción de Rubén Blades o la obra de teatro de Ida Gramcko, por ejemplo; y aún es objeto de estudios internacionales de religión y antropología.

Sus míticos poderes seguirán cobrando por siempre fuerza en un pueblo creyente por antonomasia, aficionado a las cosas del más allá.

Así que el virus está rodeado porque no hay nada más fuerte que la fe de un pueblo: salud plena y “con su belleza y su bondad, cuida el destino de los latinos, vivir unidos y en libertad”.

Por ello, hasta su divino sitio, en original o réplica, al museo, a la UCV, al río Yaracuy o a la Autopista del Este, un “ramueflores le vuallevar”...

De lugares

Las materias de El Calvario

Matemáticamente puedes comprobar tu estado físico cuando termines de contar de manera ascendente, marcando los pasos al ritmo que tú decidas, los 90 escalones que tiene la fachada principal de El Calvario. Tus jadeos, ritmo cardíaco y su duración dirán cómo anda tu salud.

Pero la cosa va más allá. El Calvario es patrimonio cultural, histórico, arquitectónico y natural de Caracas y está enclavado en pleno centro a la espera de más gente que acuda a nutrirse con su rica historia y a comprobar que curiosamente tiene una inequívoca similitud con el aprendizaje de la vida, porque desde la interacción el ciudadano encuentra allí una parte de cada cátedra de la educación formal e informal de nuestro país.

Historia

En esa misma cima donde hoy se encuentra el parque Ezequiel Zamora, llamado así desde febrero de 2010, en tiempos inmemoriales se registraron batallas campales entre habitantes originarios, al mando del cacique Carapaica, contra la colonización española que guiaba el capitán Rodrigo Ponce. Situación bélica que se extendió hasta 1567

cuando definitivamente se funda la ciudad, no sin dejar incontables víctimas de lado y lado.

Posteriormente hubo reuniones estratégicas y otras batallas en el marco de la Independencia y luego en lo que fue la Guerra Federal. Por ello, a lo largo y ancho de las 17 hectáreas de follaje y naturaleza que conforman el parque, se erigen estatuas y bustos en honor a los héroes y próceres de la libertad.

No es sino hasta los días de Guzmán Blanco cuando se decide formalizar el parque y bautizarlo como el paseo que lleva su nombre (1883), con la intención que funcionara como jardín botánico y como centro de acopio del agua del naciente acueducto caraqueño que recogería en su inmenso tanque las aguas desviadas del río Macarao, para ser distribuidas a toda la población.

Religión y arte

Gracias al poder que siempre ha tenido la Iglesia católica en el desarrollo de la vida social e histórica de nuestras ciudades, un obispo apellidado Bohórquez decide, en 1613, dar el nombre de Cerro El Calvario a aquel magnífico lugar desde donde se contemplaba la ciudad. Más adelante, en 1750, se autoriza la construcción de la ermita de Nuestra Señora de Valvanera y de Jesús de Nazareth para organizar, desde allí, un vía crucis cada Semana Santa.

Luego, en el corazón del parque, pero ya bajo la presidencia de Joaquín Crespo, después de 1884, no solo se le cambia el nombre al parque por Paseo Independencia, sino que se ordena levantar la capilla de Nuestra Señora de Lourdes, dejando atrás los estilos afrancesados de los arquitectos contratados inicialmente y comienzan a brotar aspectos del arte gótico.

Para estar al día en materia de Astronomía, en 1888 se construye en sus inmediaciones el más importante observatorio del país, Observatorio Cajigal, en honor al matemático Juan Manuel Cajigal.



Subir las escaleras sirve para comprobar el estado físico de cada quien.

En esta nueva etapa se derribó a “El Manganzón”, como se le decía a la estatua que Guzmán Blanco erigió en su honor... Aunque su sucesor, Crespo, no solo exaltó lo nacional al ordenar la construcción del Arco de la Federación, en conmemoración a la Guerra Federal, sino que ordenó una estatua de Cristóbal Colón, en una suerte de combo arquitectónico con unas escalinatas llamadas Graderías Colón; obra que fue sustituida posteriormente.

En materia de ingeniería civil, la gente del Gran Ferrocarril de Venezuela hizo el túnel El Calvario, llamado Túnel Santa Inés, en alusión a una de las batallas más importantes de la Guerra Federal. Es la vía que comunica a El Silencio con Caño Amarillo y la actual parroquia 23 de Enero.

De historia y otras artes

La cátedra de Castellano se identifica con la estatua de Miguel de Cervantes, así como se reconoce la de Música y su importancia en el desarrollo de la nación y el subcontinente, con los bustos de Teresa Carreño y de Pedro Elías Gutiérrez, padre del *Alma Llanera*, el segundo himno nacional.

Desde la arquitectura, escultura y bellas artes, se exaltó a próceres como José Francisco Bermúdez o el italiano Agustín Codazzi, quienes bregaron duro en la lucha independentista. También se reconoce al expresidente de la provincia de Guayaquil, aliado de Antonio José de Sucre y admirador de la obra de Simón Bolívar, José Joaquín de Olmedo. Igual reconocimiento para Ezequiel Zamora, líder de la Guerra Federal y en su honor el actual nombre del parque.

En distintas épocas y en diversas obras quedaron estampadas las huellas de los arquitectos Luciano y Eleazar Urdaneta, hijos del prócer independentista, general zuliano Rafael Urdaneta, y posteriormente quedó el toque mágico de los arquitectos Alejandro Chataing y Evaristo Padillo.

Biología

El Calvario, visto como un jardín botánico desde sus inicios, ha cumplido esa función porque alberga gran biodiversidad, que sirve como refugio y hogar para especies de la flora y la fauna locales. En sus instalaciones, en 1940, se fundó el Museo Ornitológico de Caracas, que luego se mudó de sitio y en su lugar se construyó la sala de lectura Paula Correa (madre de Ezequiel Zamora) y un Café Venezuela.

En plena Guerra Federal se formó la sampablera

Desde hace siglo y medio, el venezolanismo *sampablera* se afianza en el refranero popular como un hecho donde reina la confusión, con cierta violencia, con una final de caos, un pleito ruidoso o alboroto, sin definición muy específica. Aunque el término tiene un origen histórico en el marco de la Guerra Federal, en referencia a una cruenta pero afortunadamente corta batalla escenificada entre El Calvario y la plaza de San Pablo (por ello el nombre).

Se enfrentaron los liberales (federales) contra conservadores (centralistas) por el golpe de Estado contra Julián Castro, el 2 de agosto de 1859.

En virtud del hecho, aunque en defensa de la Constitución vigente, recién redactada un año antes, el comandante de Armas de Caracas, Manuel Vicente de las Casas, solicitó la asunción de un gobierno provisional, tal como lo establece la norma, por lo que acudió al vicepresidente Manuel Felipe Tovar y el Designado por el Congreso, Pedro Gual, quien indicó que lideraría el poder provisorio solo si Julián Castro renunciaba, para luego hacer los trámites de ley.

En ese proceso de legalizar un gobierno mientras el otro sale por renuncia forzosa, el general Pedro Aguado arma a su batallón y desde

La Guaira se desplaza a Caracas para apoyar las gestiones del proceso que lucía lógico.

No obstante, el pueblo y varios regimientos centralistas no estaban dispuestos a permitir las pretensiones federalistas. Entonces los batallones 5 de Julio y Constitución interceptan a las fuerzas que llegaban desde el litoral, en el sitio previamente citado en pleno centro de Caracas.

Al término de unas cuatro horas, con más de sesenta muertos de ambos bandos, incontables heridos, así como varios detenidos, fueron rechazadas las fuerzas liberales, Pedro Gual informó públicamente que dada la renuncia de Castro, le corresponde entonces a él asumir como Designado las competencias del Poder Ejecutivo. Ese hecho se conoció (desde entonces quedó así) como "la sampablera".

Gual asumió su segundo lapso como presidente de la República hasta las elecciones de 1860, en las que resulta electo vicepresidente, y por la renuncia de Manuel Felipe Tovar, el 20 de mayo de 1861, asume por tercera vez la primera magistratura, ya con 78 años de edad. Fue derrocado tres meses más tarde. Falleció en la pobreza el año siguiente en Guayaquil.

Esa fue la vida de este sobrino del independentista Manuel Gual. Exitoso en sus roles de político, abogado y periodista venezolano, Pedro Gual, ejemplo de absoluta honestidad, es el protagonista principal de la "Sampablera de Caracas".

Torres de amores de altura

Y en esos días de oscuro mando, por capricho del dictador, la obra del arquitecto venezolano Cipriano Domínguez, con innegable influencia del BeauxArts, de París, se elevó 103 metros desde el mismo suelo, donde acababan de demoler el antiguo Hotel Majestic, para darle paso a aquellas moles gemelas que con su imponente modelo compacto, policrómico y de alta talla de construcción sería el símbolo más representativo de la capital de un país que comenzaba a dejar su pasado agrícola para abrirse al progreso que implicaba el enseriarse en asuntos de petróleo y en vías de industrialización.

Nacían así las Torres de El Silencio, o Torres del Centro Simón Bolívar, que desde su inauguración, el 6 de diciembre de 1954, pasaron a ser las guardianas del centro y testigo del crecimiento, planificado con ellas como epicentro, pero que después se escapó de las manos de todo quien ocupase cargos de poder.

Esos inimaginables rascacielos en el centro caraqueño se anexaron al proyecto de la avenida Bolívar y complementaron lo que ya había dejado Carlos Raúl Villanueva, años antes, en la vecina urbanización El Silencio.

Control desde arriba

Esas morochas inmensas, erigidas como un sistema estético de exacta simetría reguladora de la gigante forma, con dinamismo expresado en imponentes pilotes, grandes rejas y bloques huecos, con 28 pisos más 3 sótanos, empezaron a dar sensación de grandeza, a lo largo, a lo ancho, hacia y desde lo alto...

Una en el norte, otra en el sur (como se llaman), según los entendidos en materia arquitectónica, se elevan esos dos paralelepípedos sobre un rectángulo que lo conforma un novedoso sistema de plazas, pasillos y pórticos, áreas comerciales, túneles y estacionamientos subterráneos. Agrega la arquitecta Rosa Remón Royo que se trata de “un diseño que sigue los cinco puntos de Le Corbusier, dos hileras continuas de edificaciones que ascienden a partir de los bloques 2 y 3, y termina en las dos torres de 32 pisos, con gran terraza como azotea”.

El proyecto nació con 100 locales a nivel de la calle y 200 en espacios subterráneos, que fueron referentes de la época. Poseer un local en ese moderno complejo daba renombre entre los comerciantes.

Qué vivan las torres

Sirvieron en su exterior para el crecimiento de microempresas como tiendas de ropa, enseres, tascas y restaurantes; y en su interior para que la administración pública oficializara parte de su asentamiento. Incontables oficinas ministeriales fueron y son, testigos de años de la historia caraqueña.

Doña Rosario, quien nos pidió que no delatáramos su apellido, asegura que allí conoció al amor de su vida, que por cierto no es el padre de sus tres hijos. Él era ese muchacho del barrio, elegantemente vestido por Trajes Chirinos, Trilax o Rori (según el contrato del sindicato para uniformar al personal obrero), con cargo de ascensorista, a quien veía de reajo cada mañana al llegar puntualmente a las siete y cuarenta y cinco, a cumplir con sus funciones como secretaria del ministerio.



Estas estructuras son parte del proyecto de la avenida Bolívar.

Desde ese primer encuentro surgió un chispazo que fue consolidándose en cada cruce de mirada, que pasó a saludos, a invitaciones y a citas, que comenzaron en esos bares (ahora tascas) del sótano, hasta que probaron intimidad en uno de esos pocos hoteles que en esos días permitían tales encuentros casuales. Pero la cosa, por sabrosa, se volvió vicio y ella justificaba ante su jefe –a la postre su esposo legal–, para que le autorizara quedarse haciendo sobretiempo, que con su atrevida habilidad, ella se las arregló para que la oficina mutara en su nido romántico. “El mundo es de los atrevidos”, nos dijo.

Eso sucedió por mucho tiempo hasta que don Marcial, el jefe, empezó a enamorar a su voluptuosa secretaria Rosario, con quien no solo se casó sino que conformó una ejemplar familia caraqueña. Un tiempo después, la propia Charito (su apodo por cariño), nos confió

su sospecha acerca de que su primer hijo pudiera ser de aquel humilde ascensorista, quien no faltó ni un solo día durante 30 años hasta que salió jubilado, como casi todos los trabajadores de la administración pública. Lo cierto es que en cada barrio, en cada zona, en cada familia, hay secretos similares cuya “escena del crimen” va desde otras oficinas de otros pisos, hasta en las tascas o en los estacionamientos del sótano. No es moral, pero es real. Así son esas grandiosas gemelas.

A cuidar ese acervo

Un marcado toque nacionalista está representado en obras que flanquean sus paredes, las embellecen y las revalorizan, como Guayasamín (1954) o el llamativo mural de Amalivaca (César Rengifo, 1955), en representación del mito Caribe de la Creación, que hoy son parte del patrimonio artístico.

Lamentablemente, a pesar del tino arquitectónico, al proyectarlas para el alto tráfico y perdurabilidad infinita, su exposición a la contaminación, al maltrato de los usuarios, a la desidia y al abandono, no solo la obra en sí, sino su significado de progreso y los divinos recuerdos de Charito y tantos otros enamorados, corren el riesgo de quedarse solo en un pasado sin retorno.

El “Puertas Amarillas” aún sobrevive y atiende la soledad

Mundialmente, los sitios circundantes a los principales terminales de pasajeros o estaciones de trenes, son inoculados por menesteres de los disfrutes mundanos tan secretos y tan públicos, que diametralmente van de lo bueno a lo malo. Así dicen.

Desde los días en que don Carlos Gardel visitó Caracas llegando por Caño Amarillo (terminal del tranvía), esa zona tuvo su fama por los servicios carnales que allí brindaban ciertas damiselas a cambio de míseras monedas. Igualmente sucedía en los alrededores de la Laguna de Catia, entonces muy concurrida.

Por eso el Nuevo Circo, zona donde tradicionalmente funcionó el principal terminal de pasajeros de la capital, tiene su propia historia prontuariada.

Tanto así, que en la jerga de chanza del caraqueño, debido al incensable número de “muchachas complacientes” y otras no tan muchachas, que venden su intimidad, ha cambiado la denominación a sitios con nombres propios y emblemáticos. Por ejemplo, la esquina de Curamichate es “Curamachete”, vaya usted a saber por qué. Y así otras tantas.

El trovador caraqueño Yordano ya le cantó. Hoy hacemos este breve relato acerca del oficio más viejo del mundo... Los alrededores del Nuevo Circo, desde siempre y hasta siempre, por tradición, por rebeldía, por costumbre o por mala maña, seguramente con el debido control sanitario, como corresponde, fue, es y será, una de esas zonas rojas de disfrute y placer tarifado.

Algún lector o lectora se horrorizará con estas líneas. Pero cómo obviar esta parte determinante de la Caracas eterna. Así son las ciudades cosmopolitas.

Tienen garantizado en el lugar el sagrado derecho al trabajo esas profesionales del goce, quienes cuentan con un diverso mercado cautivo, que por el motivo que sea, acude a ahogar sus penas y sus deseos en esos cuartuchos de “mala muerte pero de buena vida”.

Un conocido, confeso asiduo de la zona, asevera que “es mejor que tener novias, porque estas muchachas no piden zapatos pa’ los carajitos, ni remedios pa’ la suegra, ni te regañan si no llegas a tiempo, además no arriesgas tu relación seria”. Filosofía malandra, callejera y quizás realista. Como para pensarlo.

Las tarifas, como está la vaina de costosa, seguro van a ritmo de hiperinflación, pero no importa porque siempre hay un cliente, un enamorado y hasta un soñador.

De los emblemáticos aún subsiste ahí, a la vista de todos, el popular Puertas Amarillas, justo frente al casi extinto terminal. Cuántos transeúntes no han pasado por allí. Quizás a preguntar, a curiosear, a joder o a eso, a atender su soledad...

Caracas tuvo su ron y cerveza

Caracas siempre tuvo su propia marca para alicorar las festividades aunque ya nadie menciona, ni mucho menos extraña el ancestral Ron Caracas o la refrescante Cerveza Caracas, que representaron una época de surgimiento en aquella capital rural que cedió paso a la industrialización.

Cerveza Caracas y Ron Caracas, así como se lee, eran marcas de exitosas y muy populares bebidas alcohólicas, de venta legal, motivo de muchas alegrías, peas y resacas, así como indicadores de prosperidad de las nacientes empresas licoreras que se adjudicaron la fabricación, distribución y ventas de tan apetecibles líquidos que quedaron en el camino ante la competencia marcada por mayor efectividad de otros productores y los bajos costos de las importaciones.

Ron barato en la esquina El Chorro

La céntrica esquina El Chorro, desde los días previos a Guzmán Blanco, ya tenía fama de zona de distensión.

Según artículo publicado en el diario *La Opinión Nacional*, editado en Caracas el 2 de abril de 1881, “en casa de los señores Díaz y Echezuría, en la esquina El Chorro (se expendía Ron Caracas) en litros legales, al precio de cuatro bolívars el litro”.

De igual manera, cita la misma nota que “se halla en venta al detal y por mayor en las acreditadas consignaciones de los señores Serizier y Cia –muy cerca de allí, también en el ombligo capitalino– entre Santa Teresa y el Teatro Guzmán Blanco”, actual Teatro Municipal.

Esa bebida de comprobada calidad tuvo sus orígenes en las islas cercanas, donde no solo llegó mano de obra esclava sino caña de azúcar para su siembra y procesamiento, a los fines de obtener el edulcorante culinario y repostero.

En el proceso descubrieron que al adecentar la fermentación decantaba en la líquida añoranza que en sus inicios fue considerada bebida para piratas y marinos, por su fuerte sabor, hasta que las combinaciones, los sabios tratos y añejamiento en barricas de finas maderas generó el cada vez más exquisito producto que hoy tiene a Venezuela como el país productor del mejor ron del mundo.

Fue tan productiva la actividad –el Ron Caracas no sobrevivió sino en edición de lujo– que en 1954 Marcos Pérez Jiménez decretó su protección como industria a través de la Ley Orgánica de la Renta de Licores, en la que se establece que para que el destilado de caña pueda llamarse ron debe tener mínimo dos años de añejamiento en madera.

Existen otras protecciones como la Denominación de Origen Controlada, DOC, otorgada por el Servicio Autónomo de Propiedad Intelectual (SAPI) desde 2003, a los rones venezolanos que cumplen con un mínimo de dos años de envejecimiento en barrica de roble blanco y 40 grados alcohólico. Además prohíbe su alteración con colorantes, saborizantes y aromatizantes artificiales –a pesar de las consabidas adulteraciones–, no obstante, los rones destilados en el país son considerados los mejores del mundo.

Sobreviviente de lujo

De aquel casi ancestral Ron Caracas sobrevive el Ron Viejo Caracas Club Venezuela, que es catalogado por los expertos como un ron añejo



En 1805 se produjo la Cerveza Caracas sin éxito comercial.

ligero de melaza –en otros países se produce licor con jugo de caña y allí estriba una gran diferencia a favor de la calidad del producto venezolano–, con siete años de añejamiento en barricas de roble blanco, tiempo considerado ideal para esta exquisitez, que es producto de exportación casi exclusiva hacia Bélgica, donde tiene un mercado cautivo el cual desembolsa por cada botella de 700 ml, aproximadamente 30 euros.

Los maestros roneros dicen que este sobreviviente es un ejemplar de lujo producido con líquido viscoso de la melaza que comparan con el digestivo orujo, con un alto contenido de azúcar, por lo que requiere nueva destilación que lo convierte en un exquisito ron ligero, procesado a unos 90°, lo que también influye en su aceptación en el paladar.

Para hacer estómago

El venezolano y, muy especialmente el caraqueño, bebedor y rumbero, tiene por costumbre hacer estómago antes de entrarle al trago fuerte. Y eso se traduce en unas cuantas birras –nombre popular de la cerveza derivado del muy mal inglés capitalino y más con unos tragos encima–, previas a destapar las botellas de lo que venga.

La cerveza data en Venezuela, quizás desde finales de 1700, cuando su consumo se refería a un producto totalmente importado, aunque sin institucionalizarse en un negocio serio. Se asegura que por La Guaira entraba en 1848 una cerveza con olor a azufre, proveniente de Estados Unidos. También había importación de Noruega, Dinamarca y Alemania, país que en su asentamiento de la Colonia Tovar se atribuye la primera cerveza artesanal en Venezuela. No obstante había otra cerveza llamada Cerveza Los Andes y otros autores aseveran que hubo un antecedente en 1805 cuando don Otáñez (solo apellido) produjo la excelente Cerveza Caracas, pero sin éxito comercial, lo que le acortó la vida al lupuloso producto.

Retomó fuerza la importación –de tomar se trata– y sació esa especial sed cervecera casi por 90 años, cuando nace en Caracas la Cervecería Nacional, que distribuía su producto en botellones de litro, que tiempos después mutaron en media jarra.

Fue una industria de éxito sostenido, al punto que en los años 50 impusieron su eslogan: “Tome Caracas, cerveza siempre igual”, que adornaba los entonces modernos camiones de reparto.

Hoy Caracas degusta y celebra con otras marcas que nada tienen que ver con las originales... Que viva la rumba, Caracas, su ron y su cerveza.

Caimaneras: de Catia pa'l mundo

¿Sabías que el término caimanera es más caraqueño que el Metro y la ceiba de San Francisco?

La palabra caimanera no solo es caraqueña sino que exhibe una partida de nacimiento, aunque con imprecisiones en día y con algunas certezas, que data de los años 20 del siglo XX, vio la luz primera en Catia. A pesar de que otras zonas pretendan adosársela.

Según los diccionarios, caimanera se refiere a sitios donde habitan muchos caimanes, pero en nuestro caso advierte informalidad, acaso un eventom, no necesariamente, de poca calidad; accionar sin normas estrictas e incluso donde se puede generar tanto desorden que se llega al caos, tal como cuando los dentados reptiles se lanzan en voraz apetito sexual sobre sus hembras, cuando defienden sus crías o cuando van tras una desafortunada presa.

La prensa

Es menester remontarse a principios del siglo pasado cuando el beisbol –sin acento en la e, con acento, como lo pronuncian las nuevas generaciones, suena sifrino, y quizás pierda el real sentido competi-

tivo. Un ejercicio de memoria revive la voz de grandes como Pancho Pepe Cróquer, Mr. Fly, Chiquitín Ettedgui, Musiú Lacavalerie, Chepe Pérez Meléndez, Foción Serrano, Rubén Mijares, Julio Barazarte, Delio Amado León o Carlos Tovar Bracho, y se constata que ese acento no existe, es puro esnob. Beisbol sin acento en la “e” se nos antoja una oxítone con grafema consonántico distinto a n, s o vocal, por lo que su acento prosódico recae sobre la “o” y no sobre la “e”–, traído junto al atletismo y el baloncesto por las empresas petroleras gringas, comenzaba a arraigarse en el país, con la acotación de que el fútbol ya se jugaba de manera organizada y muy bien.

Caracas, una metrópolis en ciernes, aglutinaba ciudadanos de todo el país, necesitaba recrearse y fue con actividades deportivas en fines de semana y fechas festivas, entre otras –sin importar mucho lo competitivo–, que se drenaba.

Resultó ideal y obligatorio para la prensa reseñar lo ocurrido entre la gente de sociedad. Aquellas reuniones en las que siempre aparecían bates, guantes y pelotas a manera de distracción, comenzaron a ser noticia, más por el quién (es) que por el qué.

Esos encuentros –no competitivos– tomaron auge en la cotidianidad y se traducían en las teclas de las ya vetustas Underwood o en las modernas Remington –sustitutas ambas de la entonces discontinuada Sholes– que contaban la realidad de aquellos juegos carentes de reglas, sin árbitros y sin pudor de sus practicantes, que felices participaban en aquellas faenas cuyos resultados marcaban tantas carreras como errores para cada equipo, lo que motivó a los reporteros a catalogarlas como caimaneras, por el caos sociodeportivo.

Pícher, cuarto bate y novio de la madrina

Cerca del año 1925 surgió un personaje, muy ligado al beisbol organizado, que reunió a grandes figuras con ganas de jugar pelota, pero sin la presión propia de la liga profesional de entonces.



Las caimaneras nacieron en Caracas y no pasan de moda.

Era un fiebrúo que se creía pítcher y, que según dicen, era muy malo atajando y bateando, pero eximía en motivación. Era el rey de la logística porque conseguía bates, guantes, pelotas y luego uniformes.

Se llamaba José Betancourt, apodado Caimán –quizá por su destacada imperfección peloteril–. Él era el motorizador de aquellos encuentros que terminaban en juegos informales, donde se apostaba refrescos y otros líquidos más estimulantes en Catia.

El Caimán catiense, al saberse con el apoyo de la prensa en reseñar sus actividades siguió en su empeño.

Fundó un equipo llamado, por supuesto, Caimanera, con larga e histórica trayectoria.

El asunto se enserió aunque los juegos fueran sin “ompayas” ni reglas estrictas.

Todos los fines de semana había actividad y un juego especial los 1° de enero, con el fin de reunir a las familias y desearse un feliz año al ritmo de batazos, carreras, errores, tragos y sancochos saca ratones...

Más de Catia

Se jugaba beisbol marranero o pelota sabanera en varios sitios, porque cualquier peladero de chivo se acondicionaba, se ponían unas bases y se jugaba sin cácher y con reglas adecuadas al terreno escogido.

Los sitios más concurridos fueron Sarría, La Pastora, San Agustín, La Planta (cerca del hipódromo El Paraíso), y en algunos clubes incipientes... Pero no hay duda, según todos los cronistas de la época, que el epicentro fue en los terrenos de Catia, en el estadio del MOP y El Yunque –donde más adelante la municipalidad, por iniciativa de Eugenio Mendoza, dueño del terreno, y el YMCA de Venezuela, inauguraron el Polideportivo José Pérez Colmenares, en honor al siniestrado pelotero de la época (mucho antes de que Maracay hiciera el epónimo estadio).

El Yunque –entre el Periférico de Catia, el extinto Retén y la actual Universidad para la Seguridad, no existía la autopista para La Guaira– fue escenario de grandes eventos, incluso de carácter social. Allí las escuelas y liceos aledaños practicaban educación física. Se jugaba fútbol, tal como lo confirmó el avezado periodista deportivo Armando Naranjo y, su colega, Frank Depablos, aseveró que allí mismo funcionó uno de los primeros velódromos del país, corroborado en el libro *Destellos del ciclismo*, de Simón "Mr. Fly" Rodríguez.

Paralelamente, las caimaneras mutaron en otras disciplinas e incluso en diversos quehaceres sociales, que aún hoy prefieren esquivar reglas y nadar en mares agitados, y es así como salieron de Catia para el mundo.

De damas

Mujeres con soluciones de altura

Caracas ha sido tradicional cuna de destacadas mujeres, también ha servido como escenario para su desarrollo personal, de formación académica e intelectual, con lo cual –aunque suene a lugar común–, elevan y dejan bien alto el gentilicio ¡Y vaya que lo han logrado!

Por eso, en el marco del Día Internacional de la Mujer, en rechazo al tan de moda femicidio, honramos –tapaboca mediante–, el logro de dos legendarias damas criollas que, a pesar de su corta edad, son las primeras venezolanas en plantar el pabellón nacional en la principal agencia de estudios espaciales de Estados Unidos: la NASA.

Se trata de Evelyn Miralles y Jasna Vellovic. Tan caraqueña como Conny Méndez, la primera, que inició su ascendente carrera en la Universidad Católica Andrés Bello. ¿Y la segunda?, con ese nombre, claro que es maracuchísima, aunque con desarrollo académico en la cuna de Simón Bolívar, porque le dio forma a su pasión por la química en la universidad de Sartenejas, epónima del Libertador.

Claro que es un orgullo tricolor esa exportación de cerebros –porque acá tristemente no hay dónde ponerlas– cuyas dendritas producen en aquellas altitudes, pero llevan intrínseco el ADN de la venezolanidad, que las hace añorar el queso llanero con plátano frito, las arepas, la música criolla y otras costumbres *made in* Venezuela.

En cada decisión de la reputada agencia inherente a la vía láctea, el futuro interplanetario, la búsqueda de vida en otras dimensiones y los guiones finales para sus respectivas historias –que a muchos les resultarían más apegadas a la ciencia ficción– está la acción de Evelyn y Jasna en roles protagónicos, que bien reseñan varios portales y redes sociales.

Realidad, aunque virtual

“Nunca he sentido limitaciones por ser hispana o por ser mujer. Al contrario, siento que el ser mujer me da ciertas ventajas”, dijo en una intervención la caraqueña Evelyn, que se inició en todo esto por su apego a la arquitectura, con el sueño de crear algo importante, sin sospechar jamás que terminaría como autora de estaciones y vehículos interestaciales, gracias a su manejo de la realidad virtual, que permite el entrenamiento de los astronautas para su seguridad cuando pisan esos mundos desconocidos. Hoy, a sus 54 años, es considerada entre las 20 hispanas más influyentes del mundo.

Se sabe además que debutó entrenando a los técnicos que repararon el telescopio Hubblet en medio de la Vía Láctea.

Destaca que la creatividad del venezolano es única y necesaria para aprovechar el potencial en ciencia y tecnología, porque tiene la materia prima y la capacidad, aunque falta la estructura.

“Las latinas y las mujeres necesitamos ser parte de los avances y tener una voz. Todas tenemos que aportar nuestras mejores ideas”, afirma mientras confiesa su añoranza por su cerro Ávila y las playas de La Guaira.

Considera esta científica, acreedora de infinidad de premios a la excelencia, que aproximarse al futuro con niveles saludables de “escepticismo, conocimiento e imaginación” ayuda para que la previsión pueda funcionar como herramienta para imaginar lo que las tendencias señalan para el futuro de la especie y del planeta.



Nuestras embajadoras en la NASA son ejemplo de lo que representa la mujer venezolana para los avances científicos del mundo.

El aire que respiramos

Por su parte, Jasna, quien se sintió cautivada desde niña por el tema de los agujeros negros, del cual se alimentó con la lectura de *La historia del tiempo*, de Stephen Hawking –por recomendación de la monja vecino en su bachillerato–, con sus 43 añitos auestas, es una química a carta cabal y su mayor aporte es el estudio de la composición de las capas atmosféricas a gran altura, para análisis, pronósticos y previsiones con respecto al presente y futuro que depara la naturaleza y sus inexorables fenómenos.

Esta especialista en Ciencias Atmosféricas y de la Tierra deja un mensaje claro a la humanidad desde su perspectiva: “Lo mejor que podemos hacer como ciudadanos, sin importar en qué país vivimos,

es ser responsables y estar conscientes de la huella que dejamos en el ambiente, sobre todo en cuanto a nuestro uso de energía diario. La disponibilidad de energía para la población global es uno de los retos más grandes de nuestro tiempo”.

Insiste en que cada quien puede conservar energía en sus hogares, en las escuelas, en nuestros lugares de trabajo, diversificando nuestras fuentes de energía, reduciendo nuestra producción de desechos, entre otros. “El problema de energía mundial requiere creatividad, diversificación y compromiso en todos los niveles”.

Está consciente acerca de la preocupación mundial por el cambio climático, aunque asegura que solo en los últimos 10 años se han sumado esfuerzos tangibles de manera multilateral.

No descarta la posibilidad de habitar otros planetas en un futuro debido a la naturaleza de exploración que tiene el humano.

Expone que su función desde la NASA está enfocada a evaluar la representación de procesos físicos y químicos en modelos de clima global utilizados para pronosticar climas futuros.

“Nuestro planeta es un tesoro que debemos valorar, compartir y proteger para que las generaciones futuras también tengan el honor de ser parte de este lugar tan especial en el que vivimos”.

Misterios de la ciencia

Dice Pablo Pueblo, al enterarse de estas dos talentosas damas, que así como sus conocimientos están al servicio de procurar una mejor vida en el planeta para la conservación del clima, flora y fauna, de recursos como el agua, además de como repararon un telescopio en plena galaxia, la cosa permee y aparezca alguien que repare las escaleras y el aire acondicionado del Metro, que merme la burocracia y su ineficiencia y que viaje sin retorno a confines desconocidos una nave sellada con un solo tripulante: coronavirus.

Gardel volvió catiras a caraqueñas

Tenían razón todos los que como el Che, Edecio Ascanio y Luis Felipe Izquierdo, sin mayores pretensiones más que la de fanáticos, entregaron mucho de su vida al cultivo de la fusión del lunfardo con acordes de guitarras y bandoneones, bajo la interpretación del gigante del canto criollo argentino, globalizado por su osado carisma y talento, que trascendió fronteras, gustos, modas, edades y críticas, el maestro don Carlos Gardel.

...Cuando el buque Lara atracó en el puerto de La Guaira el 25 de abril de 1935, su pasajero principal no tenía ni la más mínima idea de cómo sería la recepción que le tendría preparada aquella Caracas conservadora y tranquila en pleno período gomecista.

Mayor sorpresa se llevó el Morocho del Abasto, al ver a unas 3 mil personas desbordadas de entusiasmo por estar frente a su ídolo, que acababa de encumbrar más su fama debido a los recientes éxitos en el cine estadounidense y a la excelente promoción radial de sus canciones.

El Zorzal Criollo arribaba al país precedido de esa fama que lo etiquetó como el mejor cantante de tango y que acá en Caracas le anexó, para comprobación de quienes allí estuvieron, una dosis de humildad e identificación con la gente de menos recursos, además de su posi-

ción humanista que generó un explosivo comportamiento de masas en el que se conjugaron patologías sociales, histeria, despilfarro, imitación y hasta cambio de modas.

Gardel, cine y moda

La cinematográfica estadounidense Paramount entendió que el francesito (hijo adoptivo de Argentina y pretendido por Uruguay) era una mina de oro andante, un *moneymaker* pues; por eso le abrió las puertas en su creciente y millonaria industria de las películas musicales donde, sin dudas, una de las más prestigiadas fue *El tango en Broadway*, rodada en 1934.

Su impacto fue mundial. Venezuela y Caracas –su crisol–, no podía escapar de aquella locura colectiva. Los caballeros rasuraron sus bigotes de patiquines y se colocaron gomina para definir y abrillantar sus peinados, algunos usaron pajillas, trajes elegantes y relojes con leontinas hasta lucir como los dandis criollos. Por su parte, las damas (que acababan de salir de esa escandalosa moda de las bocas de color rojo intenso y pelo cortísimo al estilo Greta Garbo o Marlene Dietrich), abarrotaron los salones de belleza para buscar la nueva base de maquillaje de Max Factor, que destacaba tendencias hacia el marrón, verde o plata que daba sensación de piel morena con labios carmesí y cabello estrictamente rubio, porque todas querían ser catiras.

Sucede que el *lei motiv* de *Tango en Broadway* fue el *fox trout* movido por *Rubias de Nueva York*, por el cual todas las mujeres (por supuesto, furibundas gardelianas), querían ser como Mery, Peggy, Betty o Julie, las catiras a las que don Carlos cortejó en escena, y qué mejor manera que teñirse el cabello que se alargaba un poco mientras que los trajes se acortaban para completar el look con zapatos acondicionados para el baile, lo que construía una sensación de inigualable sensualidad, que sumada a la autóctona belleza criolla sacó a pasear a aquellas divas enfiebradas por el cantante viajero.



La visita del "Morochito del Abasto" generó amplias expectativas.

Un dato chismoso que se supo luego, es que la cuarta rubia, Julie, en realidad era un famoso travesti paraguayo... ¡Tremendo chasco!

Ídolo de multitudes

Gardel llegó a Venezuela con grandes expectativas, ya que su mamá, Berthe, había vivido en estas tierras y uno de sus tíos era un alto funcionario del moderno Gran Ferrocarril de Venezuela, lo que facilitó el contacto con el empresario Luis Plácido Pisarello, quien le preparó una apretada agenda con presentaciones en Caracas, Valencia, Cabimas y Maracaibo, bitácora a la que se anexó una invitación de Juan Vicente Gómez en Las Delicias, en Maracay, por la cual recibió 10 mil bolívares que más tarde el Maestro donó a la causa de los exiliados del régimen dictatorial.

Reposó en el hotel Miramar de La Guaira y subió a Caracas en el ferrocarril, lo que significó otra multitudinaria bienvenida en la estación Caño Amarillo, frente a la moderna parada de taxis y al bar La Estación, ahora El Gardeliano. En ese entorno se exhibe la estatua que la artista Marisol Escobar erigió en honor a aquel ídolo cantor.

Le contrataron una limusina para dirigirse al hotel Majestic (ubicado donde ahora se alza la torre sur del Centro Simón Bolívar), pero en respuesta a aquella furibunda colectividad Gardel prefirió hacerse acompañar de ese pueblo a pie hasta su aposento, en el que otra masa desbordada le arrojaba claveles de Galipán, por lo que desde el balcón de su habitación, en lo más alto, el tercer piso, el afamado visitante hubo de saludar en gratitud por aquella demostración de idolatría.

Ordenó bajar a la mitad los costos las entradas para que la gente de menos recursos pudiese disfrutar de sus presentaciones en el Teatro Principal y El Rialto. Toda la boletería se agotó.

Con sus 44 años a cuestas, Gardel debutó en el Teatro Principal, el 26 de abril de 1935, donde dejó su sello con los tangos *Carnaval*, *El Carretero*, *Insomnio*, *Tomo y obligo*, *Por una cabeza* y cerró con *Mi Buenos Aires querido*, al que por cierto no volvió a ver...

Luego de recuperarse de una virosis que lo aquejó, bajo el cuidado del doctor Pedro González Vera, en el Policlínico Caracas, cumplió con toda su agenda y, desde los estudios de la Broadcasting Caracas, estrenó para toda América la letra de *Cobardía*, aunque cantó otros éxitos como *Golondrina*.

La amarga realidad de la rica torta bejarana

Desde siempre la hegemonía impuesta a distancia por el imperio español en estas tierras mal llamadas Nuevo Continente, se basó en atropellos, vejaciones, timos, mentiras, abusos... Sobre todo con quienes se le entregaban mansamente y veían en él una instancia omnipotente.

¿No me cree? Pues mire cómo el maluco del rey Carlos IV, por allá por 1790 y tantos, se valió de su poder para burlarse de tres damas criollas, hijas del acelerado mestizaje que daba forma a aquella incipiente sociedad.

Estas damas, señaladas como pardas por su tono de piel, al tanto de las notorias diferencias y privilegios a favor de la gente blanca, estaban dispuestas a hacer hasta lo imposible para obtener un título que les permitiera gozar de los mismos derechos que amparaban a las más claritas.

Dicen que, a costa de vender dulces en aquella urbe de unos 30 mil habitantes, las aspirantes a ser tratadas como blancas, acumularon la fortuna necesaria para obtener el tan ansiado crédito que blanqueara legalmente sus teñidas epidermis.

Derechos chucutos

“Que se tenga a las Bejarano como blancas, aunque son negras”, rezaba el nada dadivoso mandato de su Majestad Carlos IV, que luego

aclaraba el asunto –mas no la piel–, porque esos nuevos derechos eran chucutos. Un negocio chimbo, pues.

El inapelable documento afirmaba que “a pesar de ser tenidas por blancas, no son blancas las Bejarano”. ¿Y, entonces? Eso les pasa por frasquiteras y andar pendientes del qué dirán, murmuraba la sociedad.

Por tales motivos, solo sus nombres sin títulos, era lo que relucía entre la caraqueñidad de entonces, que enloquecía por comer los ricos postres de las Bejarano quienes, a pesar de su esfuerzo y su incalculable erogación, nunca lograron ser consideradas ni siquiera doñas –una especial distinción de respeto a la que no tuvieron acceso–, por su inocultable teñido color de piel... Cosas de la mantuanidad y el imperio español.

¿Y ponqué?

Cuentan que Bolívar chamo, empedernido comedor de dulces, mandaba a sus amigos donde las Bejarano a comprar su ración de postres. Le encantaba el majarete y la especialidad de la casa, la torta bejarana. En esa oportunidad el mandadero fue Pedrito Ascanio Izturriaga, primo de una pretendiente de aquel joven que más tarde sería Libertador. El mandadero, más conocido como El Chingo Pedrito, demoró el encargo de Simón y cuando llegó donde las Bejarano pidió majarete. —¡Ya se terminó!, le dijo alguien. Algo nervioso preguntó, con su lengua mocha: ¡y pon qué!. —Porque sí, Pedrito. Llegaste tarde, le repicó una de las Bejarano, sin entender que le estaba pidiendo una ración de ponqué, como también llamaban al rico postre de la casa.

¿Quién se atreve?

Los chef y jefes pasteleros de la actualidad, que se jactan de saber muchísimo acerca del mestizaje de olores, colores y sabores de nuestra cocina y repostería tradicional, se atreven a llamar burrera al artístico e histórico producto final de las Bejarano, porque la receta original pro-



Magdalena, Eduvigis y Belén se las ingeniaron.

ducía unos ponqués que rendían mucho y aceptaban cambios en la preparación, de acuerdo con los ingredientes que se tuviesen a mano.

Pero el de las hermanas que pretendieron ser blancas siendo negras, era reconocido como el único, el original sabor de la torta bejarana.

Por eso causa risa cuando estas noveles estrellas de las artes culinarias y pasteleras pretenden dictar estrictas recetas –como la que viene a continuación– que hacen hincapié en 125 gramos de margarina o mantequilla derretida, o 300 gramos de queso blanco salado y rallado, o 180° C durante 50 minutos en el horno.

¿Cómo hicieron las originarias? Sin la mágica harina de trigo que ahora todo lo resuelve en pastelería. Sin balanza de peso. Sin hornos modernos... Y la cosa salía y sabía bien.

Ellas, Magdalena, Eduvigis y Belén, se las ingeniaron para hacer su melao con papelón, clavos dulces, guayabita, canela y mezclar con el

bizcocho molido, semillas de anís y ajonjolí tostadito, maíz cariaco, huevos y varios plátanos maduros. ¿Cómo sabían el momento justo para darle forma y llevarlo al improvisado fogón, quién sabe a cuántos grados?

Y la cosa debe haberles quedado muy apetecible porque con el dinero de sus ventas se dieron el gustazo de pagar la Real Cédula blanqueadora de piel, para efectos de tener unos cuantos derechos más que el resto de pardas y negras de aquella Caracas colonial.

No obstante, aunque se vistieron de sedas negras, se quedaron... ¡Qué vaina tan amarga la historia de este dulce!

De homenaje

De Caracas a Maratón: un largo recorrido...

Caracas, como toda metrópolis, de tradición histórica, quizá épica, tuvo –y tiene– su propio *Maratón*. Pero no es la tradicional prueba de largo aliento. No hay que correr los exigentes 42 kilómetros 195 metros que supone el término griego. Se trata de la única revista especializada en atletismo. Ideada, diseñada, escrita, editada, corregida, comercializada, distribuida, vendida, fiada y muchas veces regalada, por su padre gestor, pitoniso del periodismo deportivo venezolano, Nelson González Mota, quien este 13 de junio cruzó la meta en sus recién cumplidos 77 años, el pasado 19 de mayo.

"I: Yo soy el que canta solo/ hasta hacer dúo con la muerte/ Tengo el mapa exacto del camino a la gloria/ pero el demonio es mi amante/ Yo soy el que olvida/ las promesas hechas sin fe, sin fanatismo/ sin temor a Dios/ Yo tengo la certeza de que mi próximo visitante/ será la muerte...

II: ...Soy un cadáver otra vez/ no es mi epitafio:/ apenas muero.../...yo no quiero morir/ los latidos son breves/ y prometen un final tétrico/ de tragedia griega/ .../ me sorprendió el Demonio/ arrodillado ante Dios/ ¡qué vergüenza..!"

Así escribió antes de cumplir sus fatídicos 16 años, su hijo Daniel González Díaz, en *Lágrimas a latigazos*, incluido en el presagiente

poemario *Sobre la tierra más solitaria*, cuyo preludio de temprana despedida marcó silenciosamente la cotidianidad de Nelson quien, entre nos, lo refería en constante introspección hacia tan incómodo tema que sorteaba con un brindis imaginario, o real, entonando emocionado y con la vista nublada, sus tangos preferidos *Tomo y Obligo* o *Amores de Estudiantes...*

Esta vez no pudo escabullirse. A pesar de su dedicación al alto rendimiento, desde su noble oficio y como corredor callejero –porque correr y hacer periodismo para él eran sinónimo de vivir– se desplomó “sin callo y descalzo”, como los personajes con los que fabricó historias para estimular la práctica sistemática de uno de sus más apasionantes vicios: el atletismo, *leit motiv* de la caraqueña Maratón, que en octubre cumpliría 34 años...

¿Quién llevará ahora sus riendas?, ¿quién le dará continuidad a su supervivencia?

Deporte, cultura y periodismo

Ashley Meyer, periodista, pareja durante los últimos 23 años de la vida de Nelson González y, al parecer, el relevo oficial para mantener viva a *Maratón*, coincide con Andrés “Papote” Aguilar, quizá el mejor amigo y hermano de ese apóstol del periodismo romántico, en las que una de sus máximas facetas fue la fusión del periodismo con la historia y la cultura.

Nelson fundó la revista *Maratón*, en 1987 –no para tener un medio de comunicación propio–, con la convicción de darle voz al protagonista del hecho deportivo: el atleta, que desde siempre contó únicamente con tres destrezas innatas: correr, lanzar y saltar, base de la supervivencia.

Julio Barazarte, periodista deportivo, cómplice de la abultada trayectoria del director de *Maratón*, también exalta sus raíces culturales y coincide en que la hermana mayor de Nelson, Lourdes, lo encauzó hacia el cultivo de la ópera y la música selecta.



Caracas tiene su propio maratón.

Los profesores John Muñoz, Alberto Centeno y Ángel “Zurdo” Flores destacan su constancia y terquedad en afán de lograr sus objetivos. “Por lo que su ejemplo quedará marcado en el periodismo deportivo por siempre”, agregó Manuel “Pirata” Fagúndez, otro socio de la revista que se ganó el Premio Nacional de Periodismo en 2005.

Nelson, revolucionario de convicción –estuvo dos veces en prisión a causa de su militancia guerrillera y hoy lo lloran sus camaradas Gallinazo, Yaracal y Vargas Medina–, cultivó también su afición por el tango así como por la lectura, y el destino se confabuló porque junto a su primera pareja, Raquel, mujer de letras, forjó un hogar que dio luz al tempranamente malogrado poeta Daniel, a Salvador y David...hijos ejemplares.

Además es tío del máximo triatleta del país y primer olímpico en esa disciplina, Gilberto González, de quien siempre Nelson se mostró

orgullosa. Con la diaphanidad como bandera en sus días de infancia en El Conde, reforzó sus principios en la Juventud Comunista. Paralelamente, bajo la tutela del popular Pirulata, Carlos Julio Villamizar, descubrió su apego al deporte.

Todos destacan el papel principal de su madre Margot, una mujer echada pa'lante, que levantó a la familia vendiendo ropa...

Historia y competencia

Su hijo David y su sobrino Andresito están convencidos que el nuevo récord nacional de Yulimar Rojas (6,88 m, en España) justo el día de la muerte de Nelson, es un regalo del destino. “La fecha será recordada por cosas buenas para el país”.

Para Nelson, su sueño fue ir más allá. Trascender la competencia: comprender la historia de Filípides y su travesía de 250 kilómetros entre Atenas y Maratón para anunciar la victoria griega sobre los persas en aquellos siglos iniciales de la humanidad.

Contaba entusiasta Nelson que el histórico corredor –cuyo nombre se traduce como “el que fue a pie”–, al cumplir el trabado recorrido, narrado en épicas páginas de Heródoto y Plutarco, anunció: “¡Alegraos, vencimos!” y cayó fulminado por el sobrehumano esfuerzo.

Hoy, como Filípides, cae Nelson, andado su magnánimo recorrido en el que publicó, contra viento y marea, casi 200 ediciones de su hija predilecta: *Maratón*. ¿Qué será de ella y de la tradicional Carrera de las Cervezas, de los 31 de diciembre?

“Cuando el atleta salta a la palestra, la multitud, cual mar embravecida, ruge en las graderías tal como hierve la sangre entre sus venas y el músculo se tensa para el esfuerzo máximo; pero él –señalado para los laureles–, ya no está allí ni escucha porque su alma se ha disparado hacia el infinito”. Cantó, adelantado a las épocas, el cronista Píndaro sobre Nelson Maratón, quien cerró así todos sus editoriales.

EPÍLOGO

En esta oportunidad, como lo he expresado en muchas ocasiones, me resulta difícil opinar sobre lo escrito por Luis Martín, porque tengo una relación más que amistosa con él, desde hace tanto tiempo, que ahora parece ser de padre a hijo, debido a que siempre estoy pendiente de sus crónicas, que cada día son mejores.

Lo conocí cuando era un excelente periodista deportivo, tanto institucional como de otros medios. Ha desempeñado diversas funciones: desde redactor hasta director de organismos públicos como la Dirección de Deportes del entonces Distrito Federal (ahora Capital); Instituto Nacional de Deportes y la Dirección de Prensa de varios Juegos Deportivos Nacionales, entre ellos, los celebrados en San Carlos, Cojedes 2003; los Andes 2005 y los Llanos 2007.

Luego de un extenso ejercicio del periodismo deportivo, con ciertas señales de literatura, dio vida a una formidable obra titulada: *Venezuela, olimpismo y sociedad*, que ha sido útil para mis consultas diarias y, me consta, que también ha sido leída por muchas personas vinculadas al quehacer deportivo u otras diversas actividades, porque además contiene mucho de historia patria y universal.

Lo considero entre los mejores cultivadores de la crónica, con mucha maestría, y en esta ocasión lo demuestra en sus *Caraqueñidades*, donde plasma para sus lectores, en una serie de textos relacionados con el pasado y presente de la vida capitalina, leyendas e historias descritas en un lenguaje sencillo y jovial para deleitar a todos los gustos, desde ahora y hasta el futuro, es decir, hasta la eternidad.

Me complace y lo celebro, ya que después de haber transitado por el periodismo deportivo, con mucho acierto y sabiduría, se dedique a la crónica, pues estoy seguro que en adelante seguirá con este tipo de escritura, ya que Luis Martín todo lo que escribe lo hace con excelente pasión.

Espero, y así lo deseamos todos sus lectores, que luego de esta obra siga escribiendo y editando, porque las crónicas no pueden anclarse en una sola producción.

En más de una ocasión he comunicado a muchas de nuestras amistades que si yo tuviera la potestad de nombrarlo Cronista de Caracas lo haría sin pensarlo dos veces.

Julio Barazarte / Periodista

